



Joaquín Calvo-Sotelo

Micaela

Comedia en prosa, en cinco cuadros, divididos en dos partes, con un solo intermedio inspirada en un cuento de Juan Antonio de Zunzunegui

Esta comedia fue estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 27 de septiembre de 1962, con el siguiente

Personajes

MICAELA.
CARMEN.
LA VOZ DE IRENE.
BRAULIA.
JAVIER.
IGNACIO.
AGUSTÍN.
RODRIGO.
CELES.

(A los efectos de la representación tómesese buena nota de que los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.)

Primera parte

Cuadro primero

A telón corrido aparece JAVIER. Representa de cuarenta y cinco a cuarenta y ocho años. Viste traje gris oscuro y corbata negra. Debe declararse en seguida que JAVIER e IGNACIO son dos hermanos gemelos, cuyo parecido, cuya absoluta identidad es base de la presente historia. Por tanto, lo que se dice del aspecto y fisonomía del uno ha de entenderse extendido al otro. Es indispensable que, cuando menos, tengan la misma altura y corpulencia. Unas alzas, una discreta botarga puede contribuir a igualarles. Esto aparte, tienen los dos bigote y barba -una barba no decimonónica y frondosa, sino escueta, a la convencional manera de hoy- se peinan del mismo modo y usan las mismas gafas de concha. A la habilidad de los actores que los encarnen, se encomienda el acentuar la semejanza por los medios que juzguen más conveniente y en los que tan fértil es el arte de la caracterización. Un gran porcentaje de la verosimilitud que se conceda a la comedia depende de su acierto al componer sus tipos respectivos.

JAVIER.- Señoras y señores, tengo una noticia desagradable que darles. Ustedes conocen seguramente a mi hermano Antonio. Sí, si... no lo duden. Le habrán visto muchas veces creyendo verme a mí. Porque somos gemelos e idénticos. Lo tradicional es que nos confundan. Bien. Pues Antonio, que es actor igualmente; debía haber llegado a la hora de la función desde Sevilla, donde está filmando con los americanos los exteriores de Los siete Infantes de Lara, película que según cuentan durará catorce horas, a dos por infante. Y una avería del avión se lo ha impedido. Íbamos a suspender cuando, en un acto de compañerismo que mucho le honra, Fulano de Tal, (Dese el nombre del que representa el papel de IGNACIO.) se ha brindado a sustituirle. ¿No es admirable? Lo que sucede es que los protagonistas de esta comedia son dos hermanos gemelos llamados Javier e Ignacio Alcorta-Garí, razón por la cual Antonio, sin necesidad de caracterizarse iba como anillo al dedo para el papel de Ignacio, puesto que yo hago el de Javier. Y Fulano de Tal, en cambio, apenas si me da un aire. ¿Comprenden nuestro conflicto? El Director de escena (Dese el nombre del Director.) anda muy preocupado. A él le enamora el realismo. Aquí, cuando se entrega dinero es con billetes de verdad, no de esos que anuncian agencias de viajes; cuando la acción exige que se beba champán, se bebe champán legítimo, no gaseosa como en algunos teatros; el teléfono está dado de alta y figura en la guía. En suma, ha habido que ingeniárselas para salir del trance y tanto el maquillador como el peluquero han trabajado de lo lindo. Ahora, lo que yo les pido es que sean benévolos y cuando nos vean juntos y oigan a los restantes personajes ponderar nuestro parecido, recurran a su imaginación y a

su indulgencia y admitan que éste existe, sin reservas. De todas formas mañana Antonio habrá regresado ya de Sevilla. Si quieren volver a ver la función con él, les recibiremos encantados. Entretanto, discúlpennos. Y gracias... y que se diviertan mucho.

(Y se va por entre cajas. Al levantarse el telón se ve el decorado.)

(Paralela a las candilejas y a todo lo largo de ellas, hasta doblar en su extremo izquierdo y perderse en el foro, corre una calle; la Calle de la barriada bilbaína en que viven los dos hermanos IGNACIO y JAVIER Alcorta, personajes muy notados en esta historia. En el costado izquierdo se dibujan las fachadas de algunos edificios impersonales, pero de cierto rango, que se suponen habitados por gente de clase media. En su centro hay una tienda de ultramarinos, cuya puerta es practicable. El escenario, de hecho, lo ocupa en casi su completa extensión la sala de estar del piso del que son inquilinos los dos hermanos, amueblado un poco a la usanza de los años veintitantos. Hay un bufetillo a la izquierda, un retrato de Doña Irene, viuda de Alcorta, madre de IGNACIO y JAVIER, señora de porte noble y elegante, colocado en el fondo; contigua a la puerta, en el lienzo izquierdo. En primer término izquierda, un pequeño sofá y un sillón a juego y en el extremo un puff. En el otro sector una mesa camilla con dos butaquitas y al borde de la puerta de la derecha un mueblecito armario, en el que se guarda, entre otras cosas, un fichero. Por doquiera, cuadros no importantes de flores y paisajes. Una lámpara colgada del techo. Una radio, no muy moderna, en el centro. Sobre ella, un teléfono de pared. Todo este decorado se montará sobre una plataforma de unos veinte centímetros de alto para aislarlo de la calle. Adosados a las alcahuetas, dos faroles que sólo se iluminarán en la última escena.)

(Nos encontramos en una mañana que amenaza lluvia del mes de marzo de 1960.)

(DON CELES, cachazudo, basto y conversador está a la puerta de su tienda. DON RODRIGO, hombre de unos sesenta años -abrigo oscuro, paraguas enfundado- desciende del foro a primer término.)

CELES.- Buenos días, don Rodrigo.

RODRIGO.- Buenos días, mientras no llueva.

CELES.- ¿Qué tal van esos insomnios?

RODRIGO.- Me he pasado la noche en claro. Como no consiga dormirme en la oficina, no sé qué será de mí.

CELES.- Me han dicho que la televisión sienta muy bien para los casos rebeldes.

RODRIGO.- El Venapal es más barato.

CELES.- No se las dé de pobre.

RODRIGO.- (Medio en serio medio en broma.) Si seguimos siendo clientes suyos acabaremos pidiendo limosna.

CELES.- (Se ríe.) Doña Carmen, ¿está en Bilbao?

RODRIGO.- Pues claro. ¿Por qué lo pregunta?

CELES.- No la veo desde hace dos días.

RODRIGO.- Ya la verá hoy, para nuestra ruina.

CELES.- (Se ríe.) Adiós, don Rodrigo.

RODRIGO.- Adiós, don Celes.

(E inicia el mutis por la lateral derecha de la calle. En este momento sale de la derecha DON AGUSTÍN. DON AGUSTÍN, Párroco de San Vicente, es un sacerdote bien plantado, fuerte, de unos cincuenta años, que viste sotana con cierto descuido, se cubre con boina y ejerce su ministerio inflamado de una abnegación y una buena fe sin límites, quizá no con excesiva teología, pero sí con mucha humanidad.)

AGUSTÍN.- Buenos días, don Rodrigo.

RODRIGO.- Buenos días, don Agustín

(Mutis de RODRIGO por la derecha. AGUSTÍN inicia el suyo por el foro de la calle.)

CELES.- Se le saluda, don AGUSTÍN.

AGUSTÍN.- Buenos días, don Celes.

(Mutis por el foro, CELES advierte una pequeña mancha que empaña la nitidez del cristal de su escaparate y se dispone a borrarla con la punta de su mandilón. Apenas conseguido se mete en la tienda. Ahora por la lateral derecha entran JAVIER e IGNACIO, ya anteriormente descritos. Llevan gabardinas iguales, boinas negras, corbatas negras y paraguas. A los pocos pasos JAVIER se detiene. Mira a los espectadores.)

JAVIER.- ¿Qué te pasa?

IGNACIO.- (Con ira y asombro.) ¿Es Gregoria esa que va en el taxi? (Señala al público.)

JAVIER.- No, hombre, no. ¡Qué obsesión!

IGNACIO.- Me lo pareció a primera vista.

JAVIER.- No la creo tan insensata. Andará escondida con el miedo de que la policía le eche mano.

IGNACIO.- Sin embargo, yo hubiese jurado que era ella.

JAVIER.- Ven, preguntaremos a don Celes, si se ocupó de nosotros.

IGNACIO.- Adelante. (Siguen su camino y se paran al llegar a la altura de la tienda.) ¡Don Celes! ¡Don Celes!

(Pausa. DON CELES sale a su encuentro.)

CELES.- Buenos días, señores.

JAVIER.- Buenos días. ¿Qué tal, don Celes? ¿Nos encontró alguna muchacha?

CELES.- No las hay. Antes venían por aquí doncellas y cocineras preguntando siempre. Ahora, no. Pero confío en que pronto aparezca alguna.

IGNACIO.- Ojalá.

CELES.- Y a ver si les sale mejor que la Gregoria.

JAVIER.- Peor no es posible.

CELES.- ¿La han denunciado?

IGNACIO.- Por supuesto.

CELES.- Yo no fui quien se la recomendó, que conste.

JAVIER.- No, es verdad, fue el señor cura.

CELES.- A veces, falla el clero, don Javier. Yo, a esa Gregoria, la calé enseguida. Desde que apareció por la puerta preguntándome a cuánto iba el cuarto de jalea, me lo dio el corazón. «Huy -recuerdo que le dije a mi señora- menuda pécora ha entrado en la casa de los farmacéuticos. Hombre, para que sepan cómo se las gastaba. A mí me exigía que les metiese de matute el veinte por ciento en todas las cuentas. Y ella, tan campante, se embolsaba el quince. Una ladrona de tomo y lomo.

JAVIER.- (Enigmático. Mira a IGNACIO.) Ya.

CELES.- La plata, ¿la recuperaron?

JAVIER.- No.

CELES.- ¡Qué vergüenza! La Gregoria entró después de la Valentina, ¿verdad?

JAVIER.- Sí.

CELES.- Que, por cierto también se la recomendó el señor párroco y estuvo a punto de envenenarles con unas setas.

JAVIER.- Justo.

CELES.- ¿Y cuánto tiempo llevaba en la casa?

JAVIER.- Dos años y unos meses. Nuestra madre murió hace tres años.

CELES.- ¡Cómo pasa el tiempo!... La pobre doña Irene.

JAVIER.- Y a poco de morirse aquella santa; se despidió Engracia y vino Valentina... y por fin, Gregoria.

CELES.- Doncella es lo que necesitan, ¿no? Braulia, la asistente, se encargará de la cocina según me ha dicho.

IGNACIO.- Así es.

CELES.- Descuiden; si alguna se presenta, ya se la mandaré. Y antes de que se vayan, ¿no ha salido nada nuevo para el hipo?

JAVIER.- Pásese por la farmacia y lo veremos.

CELES.- Agradecido. ¡Y ojo! Hay mucha golferancia suelta.

(Mutis por la tienda.)

JAVIER.- (Levanta el índice un poco doctoralmente con una leve ironía.) Es innegable.

(Por el fondo de la calle llega DOÑA CARMEN, mujer de unos cincuenta años, regordeta, efusiva y gesticulante, cargada de paquetes.)

CARMEN.- (A JAVIER.) Ah, Ignacio. Me alegra veros.

JAVIER.- Soy, Javier, doña Carmen.

CARMEN.- Es verdad, siempre tan distraída. Que quería disculparme de no haber ido a la misa de aniversario; pero como los insomnios de Rodrigo nos trastornan a todos, me dije para mis adentros: «La pobre Irene; Dios la tenga en gloria; ya me perdonará». Y por eso no fui.

IGNACIO.- Usted no necesitaba disculparse, doña Carmen.

CARMEN.- Pero no vayáis a creeros que me he olvidado de la fecha, que ya sabéis lo que era ella para mí y lo que fui yo para ella... Y pensar que en menos de una semana se nos marchó al otro mundo.

IGNACIO.- (Apesadumbradísimo.) Qué terrible, ¿verdad?

CARMEN.- Con aquella simpatía y aquel señorío y aquel corazón... Y qué majestad para regatear, Virgen. La voz la ayudaba, eso sí.

IGNACIO.- De la voz, usted no puede quejarse, doña Carmen, que alguna vez la he oído discutir y atruena el patio.

CARMEN.- Facultades tengo, de niña canté en la Coral Bilbaína, pero lo importante en la voz es la autoridad y ésa no la dan los agudos, sino el timbre. Claro que, tal y como van las cosas, buen favor le hizo Dios llevándosela. ¿Sabéis lo que decía? «Al fin, vivir no es otra cosa que ver subir siempre los precios». Lástima que no me escuche don Celes. Y por cierto, ¿qué le pasa? ¿Conoce alguna chica?

JAVIER.- No.

CARMEN.- Y al señor párroco, ¿no le hablasteis?

JAVIER.- Sí, claro.

CARMEN.- Entonces él os sacará de apuros. Nunca ha habido otro igual ni en San Vicente ni en Bilbao. Sus misas son preciosas; confiesa como nadie de barato para las penitencias y no es un alfeñique, que la santidad tampoco está reñida con la salud. ¿Le habéis visto jugar a la pelota con Josechu? Le da cada tunda... y lo que sabe de Bolsa...

IGNACIO.- ¿De Bolsa?

CARMEN.- Sí... teníamos unos ahorritos y se nos ocurrió preguntarle: «Don Agustín; ¿qué hacemos para que nos produzcan algo? «Comprad Filasas, que son canela pura». Le obedecemos y llevamos ganados casi mil duros. (Pausa.) Es el Director Espiritual de don Asdrúbal Macho, el banquero. Un párroco completísimo. Hijitos, os dejo, que aún he de hacer muchas cosas antes de la una. (Mira a JAVIER e IGNACIO detenidamente.) Por cierto, cada vez encuentro más embarullado lo de vuestro parecido.

LOS DOS.- ¿Sí?

(Se ríen. Sale DON CELES.)

CARMEN.- ¿Verdad, don Celes?

CELES.- ¿Qué hay, doña Carmen?

CARMEN.- Además; dais tan pocas facilidades para que se os distinga. El mismo peinado... la barbita... el bigote... La misma corbata.

IGNACIO.- Hoy, sí, porque tuvimos la misa de aniversario.

CARMEN.- (Señala al que prefiera.) Tú deberías usarlas siempre a rayas y tú de lunares, para ayudar a la gente, como el San Felipe y el San Jorge, los dos barcos gemelos, que hoy están en la ría, por cierto, y que se distinguen por las franjas de las chimeneas... Os confundirán a cada paso, supongo.

IGNACIO.- Se confundía hasta nuestro padre.

CARMEN.- ¿Sí?

IGNACIO.- Cuéntale tú...

JAVIER.- ¿Y por qué yo?

IGNACIO.- Tú lo cuentas mejor.

JAVIER.- Si parece inventado... Ya en las últimas tuvo que pedirle a nuestra madre que le explicase aquel lío. «Mujer, dime quién es Ignacio y quién es Javier. El momento no es para bromas». Y apenas lo supo, se murió en paz.

CARMEN.- Y vosotros, cuando os entran las dudas, ¿a quién, se lo consultáis?

JAVIER.- No, si nosotros, ya nos orientamos...

CARMEN.- (Se ríe.) Bueno, me voy. Javier, ¿no?

IGNACIO.- (Se ríe.) Sí...

JAVIER.- ¿Ve como no es tan difícil?

CARMEN.- Al cabo de un rato...

JAVIER.- Saludos a don Rodrigo.

CARMEN.- Gracias, gracias...

(E inicia el mutis por la derecha, mientras los dos hermanos se pierden por el foro de la calle.)

CELES.- (En voz baja, cuando ya los dos hermanos están a punto de desaparecer.) Doña Carmen, doña Carmen...

CARMEN.- (En el umbral del mutis.) ¿Qué pasa?

CELES.- ¿Sabe cómo les llaman? (Simula acariciarse la barba.) Los «barbacéuticos» (Se ríe.)

CARMEN.- ¡Qué gracioso! Ese sí que es un mote... Los «barbacéuticos»...

(Se va riendo por la derecha. DON CELES vuelve a la tienda. Se oye el ruido de una llave y muy pronto aparecen IGNACIO y JAVIER en el interior de la casa. Como es de día una luz la aviva toda ella.

IGNACIO encuentra sobre el mueble de la derecha una cajita de

madera, cuyas cuerdas desata y dentro de la cual van unas muestras de medicinas.)

JAVIER.- (Melancólico.) Tres años ya, hermano, sin nuestra madre.

IGNACIO.- Sí, querido, sí.

JAVIER.- Y sin embargo es como si viviese todavía. ¿A ti no te pasa eso? ¿No la oyes algunas veces?

IGNACIO.- Huy, ya lo creo... Es como si su voz llegase no sé de dónde y participase de nuestras cosas y de nuestros problemas... Como si su retrato hablase y nos diera consejos.

JAVIER.- Yo, a veces me sorprendo conversando con ella igual que si siguiese a nuestro lado, presidiendo la mesa... Ayer, cuando tuve esos trastornos, la recordé más que nunca. Los hombres envejecemos, sea cual sea nuestra edad, al morírse nos la madre, al faltarnos el ser ante el cual somos siempre niños. No sé en qué calendario lo leí y es una verdad como un templo.

IGNACIO.- Ya lo creo... (Admirativamente.) Cómo te expresas, da gusto oírte.

JAVIER.- Qué manera de cuidarnos la suya, ¿te acuerdas? Qué respeto al termómetro y al horario de las medicinas y a la convalecencia. El frío, ¡qué enemigo! Los baños en la playa, los cruces de la Gran Vía, qué expuestos, los automóviles y los aviones, qué invención diabólica... Cuidándonos daremos gusto a nuestra madre.

IGNACIO.- Lo del hígado, ¿te preocupa?

JAVIER.- No, pero vamos a hacernos un análisis.

IGNACIO.- ¿Te parece? Sepamos lo que nos pasa por dentro, antes de que lo notemos por fuera. Empezaremos con la sangre, principio y fin de todas las cosas, y que venga Julio el practicante, a sacarnos a los dos unos centímetros cúbicos de las venas. ¿Conformes? Al pasar los cuarenta y cinco años, se enciende una lucecita que dice:

Precaución. En fin... ¿qué traes ahí?

IGNACIO.- Unas muestras de la casa Maciering.

JAVIER.- ¡Qué largó camino profesional el nuestro, Ignacio, hermano! Lo que va de ayer a hoy. Si empezamos casi con los calomelanos, y el bicarbonato, y el papel de Armenia. (Examina con delectación una cajita.) Fíjate, como si en lugar de píldoras fuesen perlas. Lo que más se parece hoy día a un farmacéutico es un joyero.... Y aún se queja la juventud... Ni desafíos, ni ruleta, con penicilina y sin ricino. Y dale que te pego a la angustia vital... ¿No te fastidia? ¿Te acuerdas de los potingues que nos hacía tomar nuestra madre con café y con naranja?

IGNACIO.- Ya lo creo.

(Se oye la VOZ DE IRENE. La VOZ DE IRENE a la que corresponde en esta historia una intervención muy señalada, deberá oírse un tanto fantasmalmente en el interior de la habitación, como si IRENE estuviese dentro de ella.)

VOZ DE IRENE.- Era por vuestro bien, hijos míos... (Se ríe tenuemente.)

JAVIER.- Pienso yo que era por nuestro bien.

IGNACIO.- Indudablemente.

(BRAULIA, la asistenta, mujer oscura y de edad, entra acompañada de DON AGUSTÍN.)

AGUSTÍN.- ¿Cómo va esa vida, señores Alcorta-Garí?

(Mutis foro de BRAULIA.)

JAVIER.- Perfectamente, don Agustín.

IGNACIO.- Buenos días, don Agustín.

AGUSTÍN.- Hoy un poco tristes, ¿verdad?

JAVIER.- Desde luego.

IGNACIO.- Siéntese, siéntese.

JAVIER.- ¿Le gustaría tomar una copita de algo?

AGUSTÍN.- Como gustarme, sí, pero hice una promesa de no beber en un mes si ganaba a Josechu al remonte.

JAVIER.- Le hubiera ganado sin prometer nada.

BRAULIA.- (Por el foro. Se ha echado una toquilla.) Los señoritos almuerzan fuera, ¿no?

IGNACIO.- Sí, Braulia, hasta la noche.

BRAULIA.- ¿Les pondré sopa de pan?

IGNACIO.- Estupendo.

BRAULIA.- Adiós, señor cura.

AGUSTÍN.- Adiós, Braulia.

(Mutis de BRAULIA por el foro.)

Bueno, Javier e Ignacio, traía una doble comisión para vosotros.

Primeramente, he visto a la Gregoria.

IGNACIO.- ¿Y por qué no avisó a la comisaría?

AGUSTÍN.- ¿Cómo se te ocurre?... Gregoria está muy arrepentida.

IGNACIO.- A buena hora.

AGUSTÍN.- El arrepentimiento es siempre un problema de retraso. Si se produjese con antelación, no habría pecado.

JAVIER.- ¿Que le ha dicho Gregoria?

AGUSTÍN.- La responsable de cuanto ha hecho no es ella. Gregoria andaba en malos pasos con Pachin, el de la grúa del muelle. Es Pachin el que la ha inducido a lo que no debía. Pachin, la explotaba.

IGNACIO.- Perdón. Nos explotaba.

AGUSTÍN.- Pues sí... Lo más triste es que al descubrirse todo, Pachin la ha plantado y Gregoria ha perdido, de un golpe, a su novio, a lo que fuese, y a vosotros.

IGNACIO.- ¡Le está bien empleado!

AGUSTÍN.- Ella es una infeliz.

IGNACIO.- Caramba.

AGUSTÍN.- Y la prueba es esto que me dio para que os lo entregara.
(Enseña un paquete envuelto en papel de seda.)

IGNACIO.- Un reloj...

AGUSTÍN.- Justo. Os aclararé el misterio. Gregoria vendió las bandejas que os había robado para comprar un reloj a Pachin, que decía que le echaban de los sitios porque llegaba tarde y que llegaba tarde por no tener reloj. Al romper con Pachin, se lo quitó y aquí tenéis... las bandejas del comedor.

JAVIER.- Del mal el menos.

IGNACIO.- El reloj es estupendo.

AGUSTÍN.- Oro de ley.

IGNACIO.- Te viene de maravilla, Javier.

JAVIER.- ¿A mí? No, no, a ti, Ignacio, que el tuyo ya es muy viejo.

IGNACIO.- Para ti, para ti, Javier.

JAVIER.- De ninguna manera.

VOZ DE IRENE.- Os abrazaría si viviese, hijos míos.

AGUSTÍN.- Doña Irene se emocionaría si os oyera.

LOS DOS.- ¿Por qué?

AGUSTÍN.- Yo a cambio del reloj, me atrevería a pedir os un pequeño favor. Que retiréis la denuncia.

IGNACIO.- (Pausa.) ¿Tú qué opinas?

JAVIER.- Por mí, cosa hecha.

AGUSTÍN.- Os lo agradezco de todo corazón. Y concluido este tema pasemos al otro. Antes de nada, ¿no vino a veros en mi nombre una muchacha?

IGNACIO.- No.

AGUSTÍN.- Estará al llegar. Os felicito, tengo lo que necesitáis... Conste que no era fácil. Hay una crisis terrible de muchachas.

IGNACIO.- Ya lo notamos. ¿Y a qué es debido, don Agustín?

AGUSTÍN.- Parece, hijitos, que exportamos muchas. Antes estábamos especializados en pastores, pero ahora todos los días salen para Alemania y para Francia chicas de servir y de allí nos mandan a cambio maquinaria. Don Asdrúbal le llama a esto la balanza de pagos. Pero, en fin, he dado con alguien que os viene como anillo al dedo.

JAVIER.- Magnífico.

AGUSTÍN.- Esta casa es difícil. Hace falta una persona seria, de peso, que se ocupe de todo y que sea honrada y no se enamore de ningún Pachin y sepa su oficio. Pues esas cualidades las reúne una sobrina de Josechu que se llama Micaela Echevarría.

IGNACIO.- Ah, muy bien. (Consulta a JAVIER.) ¿No?

JAVIER.- Claro, claro...

AGUSTÍN.- Yo conozco también a sus cuñados que trabajan en un taller de automóviles. Van a misa sólo los domingos, pero no son mala gente. Ayer me tropecé a Josechu: «Don Agustín, ¿usted sabe qué se puede hacer con la Micaela? Servir quiere». «Pues ya tengo yo donde». La Micaela enviudó en Caracas, se volvió a Bilbao sin un céntimo y no le gusta pesar sobre sus tíos. ¿Qué os parece, así, en principio?

JAVIER.- Tratándose de usted...

AGUSTÍN.- No, eso no. Vosotros la veis, le habláis, y si vale, listo. Y, si no, se lo decís, y a otra cosa. ¿De acuerdo? (Se levanta.)

IGNACIO.- De acuerdo, y muchas gracias por todo, don Agustín.

AGUSTÍN.- No las merece. (Inicia el mutis.) ¿Quién se queda, por fin, con el reloj?

IGNACIO.- Javier.

JAVIER.- (Simultáneamente.) Ignacio.

IGNACIO.- Que no, hombre, que no...

JAVIER.- No seas pesado.

AGUSTÍN.- Alternar podéis. Lunes, miércoles y viernes uno y el otro martes, jueves y sábado. (Se ríe.) O venderlo y os repartís lo que os den.

JAVIER.- Mala cosa. Nos pagarían menos de lo que vale.

AGUSTÍN.- Pues entonces, ¿sabéis lo mejor? Venga (Coge el reloj.)

No discutáis. Para que se os quede tranquila la conciencia. (Saca una moneda del bolsillo.) Como en el saque de pelota. ¿Cara o cruz?

JAVIER.- Por mí, cara.

AGUSTÍN.- (A IGNACIO.) Tú, cruz. (Tira al aire la moneda y la recoge en la palma de la mano.) Cara. (Coge el reloj. Con tono verbenero) ¡Le ha tocado el reloj al militar! (Y se lo da a

JAVIER.)

IGNACIO.- Me alegro.

JAVIER.- Bueno, hombre.

AGUSTÍN.- Y acabado el juicio de Salomón, me marchó. Hasta pronto, queridos míos.

IGNACIO.- Hasta pronto.

(Le acompaña en el mutis. JAVIER se queda examinando el reloj y, como al descuido, pone la radio.)

JAVIER.- No sé si hacemos bien impidiendo que escarmienten a ese par de sinvergüenzas. ¿A que merecían unos mesecitos de cárcel?

IGNACIO.- El amor, Javier, es un atenuante de ciertos delitos.

JAVIER.- Todo sea, hermano, por el amor.

(Se oye cantar La Bohème, la entrada de Mimí al final del primer acto, después de la frase de Rodolfo: Non sono in vena. Por la lateral derecha de la calle entra MICAELA. Tiene treinta y dos, treinta y tres años y es muy guapa. Viste un abrigo vulgar, pañuelo a la cabeza. Trae un hatillo de ropa. Se para frente a la casa, de espaldas al público, como si fuese desorientada. Llama a DON CELES y le pregunta dónde viven los señores de Alcorta-Garí. Después hace mutis por el foro de la calle.)

¿Qué es eso?

IGNACIO.- Calla...

JAVIER.- Piensa un poco, hombre. Es muy fácil.

VOZ DE IRENE.- (Apuntándole.) ¡La Bohème!

IGNACIO.- ¡La Bohème! La entrada de Mimí.

JAVIER.- Justo. (Y oyéndola estarán cuando aparece MICAELA en el foro.) ¿Quién le ha abierto?

MICAELA.- Nadie. La puerta estaba abierta.

IGNACIO.- ¿Y quién es usted? (Cierra la radio.)

MICAELA.- ¿No les dijo don Agustín?

JAVIER.- Ah, sí... ¿Cómo se llama?

MICAELA.- Micaela Echevarría, viuda de Ginés. Quizá conozcan a Josechu Echevarría, mi tío: trabaja en el bar de la estación.

JAVIER.- Ya.

IGNACIO.- Don Agustín, claro, le habrá informado que lo que necesitamos es una muchacha.

MICAELA.- Sí, por eso he venido.

IGNACIO.- Bien, pues... (Se calla, mira a JAVIER interrogantemente, por si él le saca de apuros.)

VOZ DE IRENE.- Hijos míos: los hombres no sabéis nunca lo que hay que preguntar a una chica que viene a pretender. La primera pregunta debe ser ésta: ¿Sirvió usted antes en alguna casa?

JAVIER.- ¿Sirvió en alguna casa antes?

MICAELA.- No. No lo necesitaba. Yo tenía la mía. Hasta que se murió mi marido.

VOZ DE IRENE.- ¿Qué es lo que desea ganar?

IGNACIO.- ¿Cuánto quiere ganar?

MICAELA.- Me da lo mismo. Lo que los señores tengan por costumbre.

IGNACIO.- La anterior... bueno, de la anterior más vale que no hablemos, ganaba novecientas cincuenta pesetas.

VOZ DE IRENE.- Vivir, no es otra cosa que ver subir siempre los precios.

MICAELA.- Yo no necesito más.

VOZ DE IRENE.- ¿Y qué es lo que sabe? ¿Planchar, zurcir, cocinar?...

JAVIER.- ¿Usted qué sabe hacer?...

MICAELA.- Yo sé planchar, y algo de cocina para un apuro y coser... Mi marido nunca se quejó de mí y la casa estaba limpia como una patena.

VOZ DE IRENE.- Tendrá un día libre a la semana.

MICAELA.- Me gustaría salir los domingos.

JAVIER.- Iba a preguntarle cuál era su día libre.

MICAELA.- El domingo, pero si los señores prefieren que sea otro...

IGNACIO.- No, no.

MICAELA.- Bueno, pues ustedes dirán.

JAVIER.- (IGNACIO consulta a JAVIER con la mirada.) Muy bien... quédese.

MICAELA.- Me dejé una maleta en la portería. ¿Puedo recogerla?

JAVIER.- Sí, sí, tráigala.

MICAELA.- Vuelvo enseguida.

(Y hace mutis por el foro. Los dos hermanos quedan en silencio)

frente afrente.)

VOZ IRENE.- No os ilusionéis demasiado... Muy revueltas andan las cosas... Si por algo me preocupó morirme dejándoos solos, es porque sabía lo mal que está el servicio.

JAVIER.- (Tras una leve pausa.) ¿En qué pensabas?

IGNACIO.- Yo, en mamá. ¿Y tú?

JAVIER.- Yo, también.

(Se hace lentamente el oscuro.)

Cuadro segundo

La misma escena. Han transcurrido pocos días.

MICAELA, desde dentro, canta a media voz una canción vasca. «Maite», por ejemplo. En la sala está JAVIER. Viste una bata con un pañuelo al cuello y, ayudándose de goma y tijeras, coloca unas vitolas sobre un álbum, en el bufete de la izquierda. No parece muy tranquilo, muy dueño de sus nervios. Cuando la voz de MICAELA acrece su intensidad, se le ve prendido en ella, pendiente de sus giros. En un momento dado, la canción suena con más fuerza. JAVIER deja el álbum y da unos pasos sin rumbo fijo. Después se detiene embelesado y, para sí mismo, con el temor de ser oído, tararea la canción y, si supiera, una octava más baja. Vuelve a sentarse. IGNACIO sale por la derecha poniéndose la gabardina.

JAVIER.- ¿No quieres que te acompañe? Te advierto que estoy sin fiebre.

IGNACIO.- De ninguna manera. Ya me las arreglaré yo. Y apenas lleguen los análisis te telefonaré para darte los resultados.

(Transición.) Ah... (En voz baja.) ¿Te dije que había dejado diez duros en el bolsillo del pantalón que di a planchar a Micaela?

JAVIER.- Sí.

IGNACIO.- Es honrada, me parece. Me los he encontrado intactos... Mejor dicho, me he encontrado quince, que se conoce que me confundí.

JAVIER.- Yo he puesto veinte junto al aparador y voy a ver lo que pasa. Ya te contaré.

IGNACIO.- Hasta luego.

(Le pone una mano en la frente.)

De fiebre, nada, mimo, si acaso.

(Se besan. Y hace mutis por el foro.)

JAVIER.- ¡Micaela!

MICAELA.- Señorito...

JAVIER.- Haga el favor.

(MICAELA entra por la derecha. Es muy distinta de la que conocimos en el cuadro anterior. Dentro de la casa sus atributos físicos se expanden, cobran un valor que fuera, vestida para la calle, les falta. Luce un pelo estirado, brillante, y un escote a la vez generoso y honesto. Es una mujer noble, limpia y atrayente.)

MICAELA.- ¿Le pasa algo al señorito?

JAVIER.- No, no. ¿Qué me va a pasar?

MICAELA.- Me pareció oírle que no se encontraba bien.

JAVIER.- Bah... Unas decimillas ayer y un poquito de precaución hoy.

MICAELA.- Me alegro.

JAVIER.- Óigame, Micaela. Sírname una copita de vino blanco, con un poco de sifón. En el aparador lo encontrará.

MICAELA.- Enseguida. (MICAELA le habla con un cierto aire maternal, sin asomo de coquetería, ajena al atractivo que de ella dimana y que, en ningún caso, provoca deliberadamente.)

JAVIER.- ¿Qué mira usted?

MICAELA.- Que es imposible que esté enfermo, con esa cara de salud que tiene.

JAVIER.- Tal creo, Micaela; pero antes de que lleguen los análisis no se puede cantar victoria.

MICAELA.- Un sobrinillo mío se fingía malo para no ir al colegio.

JAVIER.- ¿Ah, usted cree que yo hago lo mismo para faltar a la farmacia?

MICAELA.- No, no, eso no, señorito. (Con vivacidad, mientras hace mutis por el foro. Entre risas.) Pero sí que está sano como una manzana...

JAVIER.- (JAVIER vuelve a pegar vitolas con el aire un poco abstraído del principio.) A ver, a ver... (Busca entre las hojas del álbum.) Ya lo decía yo, repetida.

(MICAELA regresa con un vaso en una bandejita y una botella y un sifón. Trae una expresión severa, que contrasta con la de hace unos segundos. JAVIER se da cuenta pero no dice nada. Ella deja la bandeja en la mesa camilla y le sirve el vino con manifiesta destemplanza.)

MICAELA.- Aquí tiene el vino, señorito. Ah, y estos treinta duros que había en el aparador.

JAVIER.- ¿Treinta duros? Gracias, Micaela.

MICAELA.- Creo que la otra muchacha les salió ladrona, ¿no?

JAVIER.- Pues... sí.
MICAELA.- Señorito, yo no soy de esas.
JAVIER.- Naturalmente que no, Micaela, ¿quién lo ha pensado?
MICAELA.- Ustedes.
JAVIER.- ¿Cómo se le ocurre?
MICAELA.- Me están poniendo trampas para ver si caigo. Hoy los treinta duros, antes de ayer una moneda de cincuenta pesetas en un bolsillo. Para probarme.
JAVIER.- No, no.
MICAELA.- No me prueben, señoritos. No hace falta. Eso de ser honrada se mama. Y yo lo mamé. En Elanchove no hay ladrones y yo nací allí.
JAVIER.- Le aseguro, Micaela, que yo...
MICAELA.- Pues será el señorito Javier.
JAVIER.- (Un poco borrosamente.) El señorito Javier soy yo.
MICAELA.- Bueno... quise decir el señorito Ignacio.
JAVIER.- No, mi hermano es incapaz de esas maniobras.
MICAELA.- Entonces, ¿es que ustedes van perdiendo el dinero por todas partes?
JAVIER.- Mire, Micaela...
MICAELA.- Soy honrada, señorito, y por mí, lo mismo pueden dejar treinta duros que mil, no tocaré ni un céntimo. (Se dispone a hacer mutis por la derecha enojadamente, pero JAVIER se lo impide.)
JAVIER.- Un momento, Micaela... Ahora recuerdo que lo que olvidé en el aparador fueron veinte duros solamente. No treinta. Ahí hay cincuenta pesetas de más que no sé de dónde salen.
MICAELA.- Esas las puse yo.
JAVIER.- ¿Y por qué razón?
MICAELA.- Porque también yo tengo derecho a probarles a ustedes. El señorito Ignacio se quedó con veinticinco.

(Y se va airadamente por la derecha.)

JAVIER.- Es honrada, sí, es evidente. Ya metimos la pata. Se fue con un aire de reina ofendida. Claro, la hemos herido... sin que lo mereciese. (Contrito.) ¡Micaela! (Silencio.) ¡Micaela!
MICAELA.- (Aparece tras una pausa. Viene llorosa.) ¿Qué quiere el señorito?
JAVIER.- Ah, no, mujer, eso no. No hay por qué llorar.
MICAELA.- ¿No tengo derecho a tener mi alma en mi almario?
JAVIER.- Sí, claro, mujer, pero en fin...
MICAELA.- Yo sabía que me exponía a esto.
JAVIER.- ¿A qué?
MICAELA.- A que sospechasen de mí.
JAVIER.- No vea fantasmas, Micaela.
MICAELA.- Sí, sí... He notado que me espiaban como si temiesen que me llevara los muebles.
JAVIER.- Bah, bah... Imaginaciones.
MICAELA.- Y ganas me han dado de decírselo a mi tío. ¿Sabéis por

quién toman a Micaela? Por un ladrona... Para que él viniese a ajustarles las cuentas... Más me valdría no haber vuelto a España. (Se compunge de nuevo.)

JAVIER.- Bueno, bueno... Dispéñenos, Micaela, si hemos desconfiado de usted. En realidad, no es de usted... Estábamos muy escarmentados. Desconfiábamos... no sé cómo decirle, de la institución, del servicio doméstico... A veces, es verdad, pagan justos por pecadores. Pero, desde ahora, todo irá sobre ruedas, ya lo verá. (Transición.) Y dígame, Micaela, ¿por dónde anduvo antes? Creo que vivió en América unos años, ¿no?

MICAELA.- Sí... cuando me casé. Viví en Caracas.

JAVIER.- Su marido, ¿era venezolano?

MICAELA.- No, no, ¡qué va! De Marquina... Era maestro de obras y murió en Venezuela.

JAVIER.- ¿No tuvieron hijos?

MICAELA.- Calle, no me hable de eso. Ninguno. Y nada he deseado, se lo aseguro, con más ilusión. Media vida hubiera dado por tenerlos.

JAVIER.- Mala suerte. En Venezuela hay muchos vascos, según he oído. Bueno, ¿en dónde no?

MICAELA.- Había muchos, sí, y se defendían bien, hasta que vinieron los italianos y tiraron los precios. Le hablo de las obras de construcción en las que andaba mi marido. La gente de allí no nos quiere... Ay, qué ganas tenía yo de volver... Vivir aquí, en el país, es una gloria. Pero no podía imaginarme que me iban a tomar por lo que no soy.

JAVIER.- Olvídelo... Y dígame una cosa, ¿sabe usted vascuence?

MICAELA.- Hace casi veinte años que no lo hablo. No me acuerdo más que de alguna canción de cuando era niña, y de un dicho muy bonito, que, al acostarme, me lo solía repetir todas las noches. Egialde guztietan...

JAVIER.- Toki onak badira bañan... En todas partes hay paisajes bonitos.

MICAELA.- Biyotzak diyo: zoaz Euskalerrirá... Pero el corazón dice: vete al País Vasco.

JAVIER.- Sí, eso significa.

MICAELA.- Es muy bonito y muy verdadero. ¿No le parece?

JAVIER.- Sí, cuando yo he salido de él, he sentido lo mismo. Un tremendo deseo de volver cuanto antes.

MICAELA.- La señora, ¿era también de Bilbao?

JAVIER.- No, nuestra madre era de Munguía.

MICAELA.- Digo su señora, su esposa, vamos.

JAVIER.- (Se ríe.) Yo soy soltero, Micaela. Mejor dicho, don Ignacio y yo, somos solteros.

MICAELA.- Ah, dispéñeme. ¿Quién me dijo que era viudo el señorito? ¿O entendí mal?

JAVIER.- Sí, eso habrá sido; porque todo el mundo sabe...

MICAELA.- Casi me alegro de que no sean viudos. La viudedad es muy triste.

JAVIER.- Probablemente el que nuestra madre viviese tanto tiempo y nos resolviese todos los problemas, hizo que no nos casásemos. Y

ahora...

MICAELA.- ¿Se consideran viejos? No lo son.

JAVIER.- Quizás no. Pero a los dos nos parece que ya nos pasó la oportunidad. La mía, al menos, desde luego.

MICAELA.- ¿Por qué la suya? Como si no tuviesen los mismos años.

JAVIER.- A mí me daría mucha más pereza que a mi hermano. Es cuestión de temperamento. Yo pude haberme casado con una licenciada que vino para ayudarnos en la farmacia y que era lista como el rayo. Pero remoloneé... y una tarde nos dijo: «Me caso con Romualdo Ayora, el farmacéutico de la Avenida». Con la competencia. Me lo merecí, yo la hubiese dejado morir soltera.

VOZ DE IRENE.- ¿Por qué le haces estas confianzas, hijo mío?

MICAELA.- Otras oportunidades habrá tenido...

JAVIER.- Dos hermanas, sí... (Se interrumpe.) Es gracioso. No sé por qué le hago estas confianzas... Dos hermanas que simpatizaron con mi hermano y conmigo y que nos caían bien a los dos. Pero remoloneamos también y una se casó con un portorriqueño y otra -Carmelita era su nombre- con el vicecónsul de Holanda. A ella le debo la vitola del Príncipe Bernardo. (La busca en su colección.)

(Por el foro. Mutis de MICAELA por derecha.)

IGNACIO.- Buenas noticias, Javier.

JAVIER.- ¿Qué hay?

IGNACIO.- Aquí traigo los análisis. Glóbulos rojos. Tú, cinco millones cien mil; yo, cinco millones cincuenta mil.

JAVIER.- Caramba.

IGNACIO.- Hemoglobina. Tú, noventa y ocho; yo, noventa y siete.

JAVIER.- ¿Leucocitos?

IGNACIO.- Tú, seis mil novecientos; yo, siete mil.

JAVIER.- ¿Velocidad de sedimentación?

IGNACIO.- Seis. Para que te convenzas de que eres un aprensivo.

JAVIER.- Bueno, todo el mundo tiene derecho a preocuparse un poco.

IGNACIO.- Ahora ya no, supongo...

JAVIER.- No, ahora ya menos. ¿Y has venido...?

IGNACIO.- A decírtelo, simplemente. Y me marché, por cierto, contentísimo.

JAVIER.- Gracias, hombre. ¿Cómo ha ido la tarde?

IGNACIO.- Flojita, pero ya, mejorará mañana. ¿Dónde se ha metido la muchacha? ¡Micaela!

MICAELA.- (Desde dentro.) ¡Señorito!

IGNACIO.- Hágame el favor... (Transición.) ¿Sabes que Carmelita ha tenido un niño?

JAVIER.- No... ¿quién te lo dijo?

IGNACIO.- Vinieron a comprar del consulado de Holanda dos botes de Pelargón.

JAVIER.- Simpático de parte de Carmelita; sigue siéndonos fiel... comercialmente.

MICAELA.- (Aparece por la derecha. A JAVIER.) Mándeme.

JAVIER.- No soy yo quien llamaba, sino mi hermano.

IGNACIO.- (Se quita, la chaqueta.) ¿Le importa sujetarme este botón, Micaela?

MICAELA.- Enseguida.

(Y hace mutis de nuevo por la derecha llevándose la chaqueta.)

JAVIER.- Por eso nos miró tan desdeñosamente el vicedónsul la otra mañana. ¿Te acuerdas que nos cruzamos con él en la Gran Vía?

IGNACIO.- Sí, y aun lo comentamos... ¿Qué tripa se le habrá roto a ése?

JAVIER.- Era que iba a ser padre. Y eso le tenía tan ufano y le hacía sentirse tan superior.

IGNACIO.- Creerá que es un entorchado.

JAVIER.- Y que nosotros, pobres diablos, no merecemos llevarlo.

IGNACIO.- Hay vanidades bien tontas. Por otra parte, tú, Javier, concretamente, si no fuiste padre estuviste en un tris de serlo.

JAVIER.- (Se ríe.) Calla, hombre... Qué angustia pasé.

IGNACIO.- Pasamos.

JAVIER.- ¿Te acuerdas? Por, fortuna, Eulalia... Bueno, por fortuna, eso es una barbaridad decirlo, pero resbaló bajando la escalera...

IGNACIO.- Menudo conflicto, si no...

JAVIER.- Y ese tontón de vicedónsul se imaginará que...

IGNACIO.- Déjale que se imagine lo que quiera. (Abre la radio. Se oye un twist.) ¿A qué no sabes lo que es eso?

JAVIER.- Sé poco de esas cosas, Ignacio. Sé solamente, que no es un pasodoble.

IGNACIO.- Claro que no es un pasodoble. (Se ríe alegremente.) Es un twist, Javier. Un baile nuevo.

JAVIER.- En alguna película lo hemos visto bailar, ya recuerdo.

IGNACIO.- Te hablaba del pasodoble porque en eso tú eres un as.

JAVIER.- (Melancólico.) Ya nadie baila el pasodoble.

IGNACIO.- (Apaga la radio.) Las vueltas no te las mejoraba nadie. (Baila solo un poco sosamente, como si hubiese, aprendido por correspondencia.)

JAVIER.- Magnífico.

IGNACIO.- Si el pasodoble se pusiese de moda otra vez, te harías el amo.

(Baila de nuevo. Casi se tropieza con MICAELA, que vuelve con la chaqueta.)

MICAELA.- Ya tiene el botón.

IGNACIO.- (Un poco azorado.) Ah, muy bien... (MICAELA le ayuda a ponerse la americana. Lo hace morosamente.) ¿Qué colonia usa usted, Micaela?

MICAELA.- ¿Yo? Ninguna...

IGNACIO.- ¿Es posible?

MICAELA.- Me doy un jabón muy perfumado; pero colonia no.
IGNACIO.- Pues hubiese jurado que...
MICAELA.- No...

(Y hace mutis de nuevo por la derecha.)

IGNACIO.- Hasta después, Javier. (Besos.)
JAVIER.- Adiós, Ignacio.
IGNACIO.- Ah, se me olvidaba... Linfocitos; cuarenta. Tirado.
JAVIER.- Más vale así.

(Mutis de IGNACIO. Casi instantáneamente entra MICAELA. Trae unas cortinas.)

MICAELA.- ¿Se fue el señorito?
JAVIER.- Sí. ¿Qué quería?
MICAELA.- Como estoy sola... Que me ayudara a doblar las cortinas.
JAVIER.- ¿Y yo? ¿No puedo hacerlo yo?
MICAELA.- Sí; claro, es muy sencillo. Pero si no se siente bien...
JAVIER.- Gracias a Dios, como los propios ángeles. Déjeme que pegue en el álbum la última vitola. (Se aplica a hacerlo, en efecto.)
MICAELA.- Los señoritos coleccionan las anillas de los puros, ¿verdad?
JAVIER.- Sí, Micaela, es una extraña afición que practicamos desde hace veinte años y que nos ha permitido reunir varios miles de vitolas. Se llaman vitolas.
MICAELA.- Yo le he bajado ésta, por si no la tenían. (Se la saca del bolsillo del delantal.)
JAVIER.- A ver... (La examina.) No, «Horizonte»... ¿De dónde es, Micaela?
MICAELA.- Cuando nos casamos, fuimos a desayunar a Horizonte, un restaurante de Caracas. Ayer me la tropecé entre otras cosas y pensé que mejor sitio que ese no iba a encontrarlo. (Señala el álbum.)
JAVIER.- Muchas gracias, Micaela. Pero, ¿no prefiere conservarla como recuerdo?
MICAELA.- Pobre de mí, si sólo tuviese ése de la boda.
JAVIER.- (Se ríe.) Espero que no, Micaela ¿Y qué tal vivían por allí?
MICAELA.- Sin ahorrar un céntimo, ¿sabe? Pero sin privarnos de nada. Carro teníamos, también. Cuando se murió mi Prudencio, lo vendí creyendo que me iban a pagar un dineral. Y sí, sí... lo justo para el pasaje y sanseacabó.
JAVIER.- Vaya...
MICAELA.- ¿Sabe lo que traía en el bolso cuando me subí al vapor? Pues doce bolívares, cuarenta duros, peseta más, peseta menos. Y cuando entramos en la ría, ni eso, que me lo había gastado en las tiendas del barco, en regalos para los tíos. Pero me gustó tanto volver a mi tierra, y estaba Bilbao tan bonito lloviendo. Lloviendo

sin ganas de hacer daño, ¿comprende? No como allí, donde de pronto se abre el cielo y arrastra lo que se encuentra por delante... No, no, llovía justo para mojar el humo de las chimeneas, para mojarme la cara como si llorase.

JAVIER.- A lo mejor alguna lagrimita que otra se le escapó.

MICAELA.- Ganas no me faltaban, créame, porque aquella manera de llover me recordaba cuando era jovencita y salía de la parroquia de oír el sermón y los moscones, los pretendientes, señorito, nos esperaban en la puerta y nos acompañaban. Bueno, tanto hablar, ya no sé por donde iba... Ah, sí, que estaba Bilbao tan bonito lloviendo, que cuando volví a él, por primera vez desde la muerte de mi marido, sentí como una especie de consuelo y una voz así, que me decía: «Micaela, que no seas tonta, que no se ha acabado tu vida, que quién sabe si no empieza para ti mañana».

JAVIER.- ¿Estaba muy enamorada, Micaela?

MICAELA.- No sé... estaba hecha a él... a gusto... cómoda. Yo nunca le he pedido a la Virgen milagros. Ser querida; que me respeten, algún hijo... Y la verdad es que nunca me fue hasta hoy ni muy bien... ni muy mal. (Transición. Se ríe.) Soy demasiado charlona y cuento tonterías...

JAVIER.- Nada de eso, Micaela, nada de eso.

MICAELA.- ¿Le importaría ayudarme entonces?

JAVIER.- ¿A qué...? Ah, sí, a doblar las cortinas. (Se levanta.) ¿De donde son?

MICAELA.- De la alcoba de la señora.

JAVIER.- Óigame... ¿y por qué hay que doblarlas?

MICAELA.- Porque como nunca entran allí los señoritos y ya vamos de cara a la primavera, mejor es, me parece, guardarlas. Y así no pierden el color... Luego, en otoño, las volveremos a colgar.

JAVIER.- Bueno, bueno...

MICAELA.- Tome. (Le da un extremo de las cortinas. Las sacude, para liberarlas de todo vicio, de toda arruga, las extiende, tirantes. Después se encuentran en el primer doblez.)

JAVIER.- ¿Por qué miente, Micaela?

MICAELA.- (Ofendida.) Yo no miento nunca...

JAVIER.- Le dijo a mi hermano que no usaba colonia y es imposible que no la use.

MICAELA.- ¡Qué manía les ha dado a los dos...! ¡Si es jabón! (Se encuentran de nuevo en el segundo doblez.)

JAVIER.- ¿Palabra?

MICAELA.- Pues claro... Jesús, qué desconfianza. (Tercer doblez.) ¿Duda aún?

JAVIER.- (Le deja acercarse, cerciorarse. Pero JAVIER se siente de pronto atraído por aquel perfume, por aquel resplandor de su piel, de sus ojos y la besa fulminantemente, apasionadamente.) Micaela...

MICAELA.- (Absorta. Sin atinar de momento a defenderse.) Señorito...

JAVIER.- Micaela...

MICAELA.- Pero, señorito...

(Y abandona las cortinas y se abandona a sí misma, mientras se hace el oscuro.)

Cuadro tercero

Han pasado unos días. Es de noche.

Dentro se oye cantar a IGNACIO. JAVIER toma café plácidamente en la mesa camilla, IGNACIO entra por la derecha canturreando.

JAVIER.- Muy optimista te veo.

IGNACIO.- ¿Y por qué no? El mes ha sido fabuloso, hermano. Un treinta por ciento más que el año pasado.

JAVIER.- No olvides que hizo frío.

IGNACIO.- Sí. El frío tuvo su parte en el éxito, eso desde luego... Pero en agosto no hizo frío, que yo sepa. Y lo cerramos con un cuarenta de aumento.

JAVIER.- El turismo beneficia a las farmacias tanto como a los hoteles. Hay muchos extranjeros enclenques, querido Ignacio. Un poquito de sol y se escaldan. Un poquito de exceso en las comidas y se indigestan. Un poquito de revuelo en los toros y se conmocionan. Dios bendiga a los extranjeros, que vienen a sacarnos las castañas del fuego, aunque, como es natural después de haberlas sacado quieren comérselas. (Transición.) ¿Es eso lo que te tiene tan alegre? ¿La liquidación mensual?

IGNACIO.- Pues sí, ¿por qué no? ¿Es que no es motivo bastante?

JAVIER.- ¡Ah, ya lo creo!

IGNACIO.- ¿Qué hubiese dicho nuestra madre? Casi treinta mil pesetas limpias de polvo y paja, Javier. ¿Viste las cuentas?

JAVIER.- ¿Y para qué, si las viste tú?

IGNACIO.- Debías echarles un vistazo. Me quedaría más conforme.

JAVIER.- Bah, bah...

IGNACIO.- Y lo de la viruela... ¿te enteraste?

JAVIER.- ¿Qué hay de la viruela?

IGNACIO.- Se han producido varios casos en Londres. Con un poquito que cundiese la alarma, por pequeña que fuese... nos poníamos las botas.

JAVIER.- No confíes. La gente está tan tranquila.

IGNACIO.- Son unos inconscientes. Se olvidan que la viruela fue el azote de la humanidad durante siglos.

JAVIER.- Y nosotros, por cierto, ¿nos hemos vacunado?

IGNACIO.- Si no hace falta... (Transición.) Bueno, me voy que son

más de las once y Diego es muy puntual. ¿Qué vas a hacer tú?

JAVIER.- ¿Yo? Acostarme enseguida. Y en realidad, ¿qué es lo que le sucede a Diego?

IGNACIO.- Que tiene no sé qué líos en la Delegación de Industria, y como yo conozco al Delegado, quiere que le ayude.

JAVIER.- ¿Piensas tardar?

IGNACIO.- Huy, sí muchísimo. Ya sabes cómo es Diego de traspasador. Seguramente cuando vuelva, tú ya estarás roncando como un bendito, o sea que no entraré en tu cuarto... salvo que viese

luz.

JAVIER.- Sí... si vieses luz; entra; pero si no la ves, no, ¿eh?

IGNACIO.- Estate tranquilo, que no te despertaré. Hasta luego, hermano.

JAVIER.- Hasta luego. (Mutis de IGNACIO. Monologa) Ése ha vuelto a las andadas con Carmelita. Yo aún no me explico bien lo de su boda con el holandés. Ignacio trae algo entre manos con ella... Me juego cualquier cosa. (IGNACIO entra por el foro de la calle y se va por la derecha. JAVIER, súbitamente, como asaltado por una idea repentina, va a la guía de teléfonos, busca un número y lo marca. Imita un acento extranjero.) ¿Es el domicilio del señor vicecónsul? ¿Está el señor en Bilbao?... ¡Ah! Los señores vicecónsules están en Amsterdam. Bien. Pues, nada... Diga que le llamó el señor Smith... Mister Smith. (Cuelga.) Ah, ladrón. Ya te he cogido... El primer adulterio en Bilbao desde que se acabó la guerra. Mira, después de todo, tu libertad aumenta la mía. Carmelita te ayudará a ser tolerante cuando llegue el momento.

(MICAELA entra por el foro. Viene nerviosa, destemplada. JAVIER la mira con aire de sorpresa.)

¿Qué hay, Micaela?

MICAELA.- Mañana me voy, señorito.

JAVIER.- No te entiendo.

MICAELA.- Bien claro está; me parece.

JAVIER.- ¿Y a dónde?

MICAELA.- A casa de mis tíos.

JAVIER.- ¿Y por qué?

MICAELA.- Porque no puedo seguir en esta situación.

JAVIER.- (Reprochador, como quitándole importancia.) Micaela...

MICAELA.- No, no. He dicho que no y es que no.

JAVIER.- Pero escucha, Micaela, avente a razones.

MICAELA.- Yo he sido siempre una mujer como es debido. Y ya no lo soy.

JAVIER.- ¿A quién hacemos daño? ¿No somos libres los dos? ¿A quién engañamos? A nadie. Aparte de que, ¿hay alguien que esté enterado de lo nuestro?

MICAELA.- Yo, y ya me basta.

JAVIER.- Ese es un secreto que sólo lo compartimos tú y yo y que nos une. Cuando nos hablamos delante de los demás, delante inclusive de mi hermano, por banal que sea lo que te digo, ¿no sientes dentro

de ti como un escalofrío, no te llenas de alegría, no notas que cada palabra, aun las más vulgares se hacen importantes y que sea lo que sea lo que signifiquen para los otros, para ti y para mí tienen un valor distinto?

MICAELA.- Sí, pero no me compensa.

JAVIER.- ¿De qué?

MICAELA.- De la vergüenza; de no poder mirar a todo el mundo de frente, como siempre lo hice.

JAVIER.- ¿Qué pensabas? ¿Que ibas a andar siendo como eres, sin que nadie se prendase de ti y te buscara? Tenía que suceder, Micaela. Era inevitable, humano, que sucediera.

MICAELA.- (Cruza la escena hacia la derecha.) Pero no es así. Así, ya lo habían querido muchos antes que usted. Y bien que me los había quitado de encima. Porque a mí no me asustan los atrevidos. Más de uno y de dos manotazos llevo dados ya. A la mujer sola no la respeta nadie y todos se imaginan que es fruta madura y que basta empinarse para cogerla del árbol. Y si es viuda, o sea sin compromiso y sin hombre que la defienda, entonces, miel sobre hojuelas. Del amigo más íntimo de mi marido tuve que defenderme a cachete limpio cuando aún nos se había cumplido su novenario. ¡Qué asco!... Para que una crea en la amistad de los hombres, si hay una mujer por medio. (Imita vagamente el acento venezolano.) «Micaela, Micaela...: desde que te conocí, me provocaba, estar contigo...» ¿Sí? ¡Sucio! Y aún le deben de quedar en la cara las señales... ¿Por qué no se las hice a usted, señorito?

JAVIER.- Yo no traicionaba la amistad de nadie al buscarte.

MICAELA.- Pero tampoco era un ángel inocente, sino que iba a lo suyo.

JAVIER.- Micaela, me gustas, lo sabes.

MICAELA.- No es bastante.

JAVIER.- Ando obsesionado, ausente de todo cuando no estoy contigo. Las noches que me has cerrado tu cuarto, no he pegado ojo. He de hacer un esfuerzo para salir de casa, para trabajar en el almacén, para atender a la clientela, para que mi hermano, que me conoce tanto, no sospeche nada.

MICAELA.- (Enigmática.) Sospechará...

JAVIER.- Nadie puede quitarnos los años, pero sí llevarnos a hacer las mismas cosas que cuando teníamos veinte menos. Y eso es tu mérito. Yo sé que no soy un viejo. Tú lo sabes también, ¿verdad, Micaela? (La apremia un poco ingenuamente para que declare que lo encuentra joven, que ha recibido pruebas de que lo es.)

MICAELA.- (Se ríe entre maliciosa y tierna un poco a pesar suyo.) No es viejo, desde luego que no.

JAVIER.- Junto a ti, la juventud vuelve a abrazarme. Me encuentro con el mismo entusiasmo, con la misma ilusión de joven. Vuelvo a pisar como sólo se pisa cuando se sabe que se es dueño de alguien que nos importa mucho, cuando una voz nos dice muy calladamente que bien se pueden dar por muy grises que sean veintitrés horas del día si nos queda una que ilumine las demás. Y ésa es tu obra, Micaela, el haberme demostrado que yo guardaba dentro de mí, algo que yo

creía muerto para siempre.

MICAELA.- (Cruza hacia la izquierda.) Será así cómo usted dice, señorito, pero yo me voy.

JAVIER.- ¿Crees que dejaré que te marches?

MICAELA.- ¿Qué haría para impedirlo? (Se lo pregunta no retadoramente, como dándole a entender que su voluntad prevalecería sobre la de él, llegado el caso, sino con la ilusionada curiosidad de enterarse de qué sería capaz para impedirle que se fuese.)

JAVIER.- Movería las montañas, si fuese necesario.

MICAELA.- Pues a pesar de eso me iré, téngalo por seguro. De ningún modo continuaré así.

JAVIER.- Escucha, Micaela... (Se aproxima a ella y la coge del brazo, como si se le escapase, pero suena el timbre de la puerta y se contiene.) ¿Quién puede ser a estas horas?

MICAELA.- Ya abro yo.

(Y hace mutis por el foro.)

RODRIGO.- (Desde dentro.) ¿Está alguno de los señores?

MICAELA.- Sí, está don Ignacio, digo, don Javier.

RODRIGO.- ¿Se le puede ver?

MICAELA.- Pase, pase.

(Y entra DON RODRIGO en batín. MICAELA asoma un instante acompañándolo y hace mutis por la izquierda.)

JAVIER.- Ah. ¿Qué hay, don Rodrigo?

RODRIGO.- Buenas noches, Javier.

JAVIER.- ¿Qué le trae por esta casa? ¿Le sucede algo?

RODRIGO.- No, nada en particular. ¿No te molesto, verdad?

JAVIER.- No, no.

RODRIGO.- Una pregunta, sólo una pregunta. ¿Es peligroso que tome cuatro pastillas de Venapal?

JAVIER.- Hombre, peligroso, no; pero, lógicamente, no ha de necesitarlas.

RODRIGO.- Pues sí, porque ya me he tomado tres y como si nada.

JAVIER.- Pues tómese la cuarta sin miedo.

RODRIGO.- ¿A qué te parece a ti que se deben estos insomnios?

JAVIER.- ¿Cómo anda usted de tensión?

RODRIGO.- Como un muchacho: siete y doce.

JAVIER.- El cambio de tiempo, quizás. Consúltese.

RODRIGO.- En eso estoy. ¿Te gusta el doctor Páez?

JAVIER.- ¿Don Bernardo? Sí, sí... Es estupendo.

RODRIGO.- Mañana mismo iré a verle. Achaques, hijo, achaques.

JAVIER.- Bah, bah... no se queje.

RODRIGO.- Y perdóneme este asalto... Pero es que mi teléfono se ha quedado mudo.

JAVIER.- Que duerma usted, don Rodrigo.

RODRIGO.- No sería malo. (Al borde del mutis, con malicia.) Oye, Javierito, y discúlpame que te hable así porque te conozco desde hace muchos años... Ten cuidado, que las paredes son de cristal.

JAVIER.- ¿A qué se refiere usted?

RODRIGO.- Pepito, que anda lleno de malicia -al fin y al cabo cumple pronto diecisiete primaveras- no se quita de la ventana de su cuarto, porque dice que en el vuestro -bueno, en el vuestro, en el del servicio- se ven algunas veces, sombras chinescas.

JAVIER.- No le entiendo, don Rodrigo.

RODRIGO.- Oye, Javierito, que soy un hombre que está al cabo de la calle y nada beato ni hipócrita como otros y que no me asusto fácilmente. Te haré una confidencia. Antes, de esto, pasaba mucho más. Y así duraban las muchachas que era un encanto, no como ahora que, claro, como nada las retiene, al menor disgusto o apenas les ofrecen diez duros de ventaja, te dejan plantado. Pero prudencia, Javierito, prudencia, porque la gente es muy chismosa y enseguida empezarán los comentarios entre los vecinos y debes evitarlos. (Se detiene perplejo ante la actitud de JAVIER.) ¿O... es que no eres tú? ¿Es tu hermano...? Anda, chico, qué coladura.

JAVIER.- (Azorado, pero irritadísimo, ante la hipótesis de que se atribuya a IGNACIO su buena fortuna. Y preocupado de pronto.) ¿Mi hermano? No, no, don Rodrigo, soy yo... (Arrepentido.) Bueno, exactamente, no sé a qué se refiere.

RODRIGO.- (Picarescamente.) ¿No...?

JAVIER.- Pues... no.

RODRIGO.- Haces bien en negar, Javierito, yo también negaría. Mira, ¿sabes lo que te digo? Enhorabuena... Porque yo a ella la encuentro... muy competente, lo que se dice muy competente... Y además la tradición española es ésa... las chachas. ¡Es tan cómodo, tan a mano! Somos un país democrático... Javierito: que descanses, mejor dicho, que descanse yo, que a ti no hay que desearte nada de eso, ¿eh, muchacho? (Se despide de él con una sonrisa cómplice. Desde dentro.) ¡Qué buena mano tiene don Agustín!

(JAVIER regresa con un pijama y unas zapatillas en la mano y cruza hacia la derecha.)

JAVIER.- (En el umbral.) ¡Micaela! ¡Micaela! (La llama con voz apagada.)

MICAELA.- Señorito...

(Mutis de JAVIER. IGNACIO llega por la calle. Se detiene en el centro. Mira el reloj. Trae un aire clandestino y receloso. Se le ve entrar por la habitación. Se quita la gabardina. Cogió su pijama y sus zapatillas. Cruza la escena hacia la derecha, sigilosamente. Se oye la VOZ DE IRENE: IGNACIO acusa su efecto y separa.)

VOZ DE IRENE.- Nunca disteis motivos para que murmuraran de

vosotros. Estáis en un momento de peligro. No lo olvidéis. ¡Qué vergüenza! Una criada... ¡A quien se le diga, una criada!
IGNACIO.- (Al borde del mutis, se encara con el retrato.) ¿Y qué, una criada?

(Y cae rápidamente el...)

TELÓN

Segunda parte

Cuadro primero

Han pasado unos días.

De la tienda de la izquierda sale DON AGUSTÍN, con un pequeño paquete.

CELES.- Ya verá usted cómo le gusta ese membrillo.

AGUSTÍN.- Buena cara sí tiene.

CELES.- Se vuelve a poner de moda. ¿Qué le parece?

AGUSTÍN.- Para mí siempre lo estuvo.

CELES.- Sí, ya sé que usted le fue siempre fiel, pero no puede imaginarse lo grave que ha sido la crisis. Yo le decía a mi señora: «Nada, Eugenia, que el membrillo es como los bastones, los paraguas y los abanicos, que arruinaron a don Antonio Echegardía, el de los Bulevares, que no le dio al negocio la media vuelta que le hubiera salvado y tuvo que cerrar la tienda más acreditada de Bilbao». Y mi señora, erre que erre: «Que no, Celes, que el membrillo es inmortal». Le sobraba la razón. Hace unos meses se inició la curva ascendente y ahora va en cabeza, por delante del jamón de Avilés, no le digo más.

AGUSTÍN.- Lo celebro.

CELES.- A mí, como usted comprenderá, me da lo mismo vender una cosa que otra; pero en el fondo me gusta lo del membrillo, porque yo

soy conservador y leal a mis artículos.

AGUSTÍN.- Eso le honra, don Celes.

CELES.- Pues, a fin de mes, esperamos uno de Asturias estupendo. Ya se lo mandaré para que lo pruebe.

AGUSTÍN.- Gracias, muchas gracias.

(Unos segundos antes DON RODRIGO sale por el primer término izquierda camino del foro.)

RODRIGO.- Buenas tardes, señor párroco y don Celes.

AGUSTÍN.- Buenas tardes.

CELES.- Vaya con Dios, don Rodrigo. (Se interrumpe.) Anda, eso le correspondería decirlo a usted.

AGUSTÍN.- Yo no tengo la exclusiva de ese saludo.

CELES.- Y óigame: ¿Se enteró de lo de los farmacéuticos?

AGUSTÍN.- Sí, más o menos.

CELES.- Qué descaro, ¿verdad? Los dos liados con la Micaela.

AGUSTÍN.- Cuidado con levantar falsos testimonios.

CELES.- ¿Falsos testimonios?... Pero, señor cura, si eso va a misa.

AGUSTÍN.- (Le mira de hito en hito, con severidad.) Qué expresión más poco afortunada, caramba.

CELES.- Bueno... he querido decir...

AGUSTÍN.- Le entiendo, amigo, le entiendo. E insisto en que hay comentarios muy peligrosos.

CELES.- Suerte, señor cura.

AGUSTÍN.- ¿Por qué?

CELES.- Porque ya sé que va a intervenir.

AGUSTÍN.- Ojalá, la Providencia me ilumine.

CELES.- Seguro que sí, don Agustín. Y que el membrillo le agrade.

AGUSTÍN.- Ya ve usted, ése es un deseo muy en su punto. Gracias, don Celestino.

CELES.- Hasta siempre, señor cura.

(DON AGUSTÍN se va por la lateral derecha. Ahora se ilumina la habitación principal. Por el foro entra irritadamente JAVIER. Tira la gabardina y el sombrero en una de las sillas.)

JAVIER.- ¡Ignacio! (Nadie le responde.) ¡Ignacio!

(Inicia el mutis por la derecha asaltado de un secreto temor.)

MICAELA.- (Desde dentro.) No está aquí...

JAVIER.- (Un poco cortado.) ¡Ah, bueno...!

IGNACIO.- (Por el foro izquierda. Con manifiesta sequedad.) ¿Qué sucede?

JAVIER.- ¿Dónde te habías metido?

IGNACIO.- En mi cuarto. ¿Hay algo de extraño en eso?

JAVIER.- Cuidado con el tono en que me hablas. ¿Fuiste tú quién pidió doscientas cajas de Novaciclina a la Casa Maciering?
IGNACIO.- Sí. ¿Qué pasa?
JAVIER.- ¿Te has vuelto loco o qué?
IGNACIO.- Estoy completamente cuerdo.
JAVIER.- Doscientas cajas... ¿Qué epidemia ha de padecer Bilbao para que se vendan?
IGNACIO.- Tú te olvidas que llevo veinte años encargándome de esto y no creo que nos hayamos quedado nunca con mucho sobrante en almacén.
JAVIER.- No es lo mismo una caja de Novaciclina que vale treinta duros, que de pastillas para la tos, que vale diez reales.
IGNACIO.- Si no estás conforme con la operación, llama a la Casa Maciering y da contraorden. Qué más quieren en la farmacia de Romualdo Ayora. ¡Venga, anúlala!
JAVIER.- ¡No me grites!
IGNACIO.- ¡Grito lo que me da la gana!

(Se acercan el uno al otro torvamente. Como MICAELA aparece por la lateral derecha en ese mismo instante, nos es imposible saber si el diálogo entre los dos hermanos corre el riesgo de concluir violentamente. Los dos se vuelven hacia ella un poco avergonzados.)

MICAELA.- Me alegro de veros juntos. Tengo algo que decirles.
JAVIER.- ¿Qué sucede?
MICAELA.- Pero, así, de pie...

(IGNACIO y JAVIER, un tanto confusos, como disminuidos por la superior autoridad de MICAELA, se sientan en el sofá. Sólo ellos, MICAELA queda entre los dos.)

JAVIER.- ¿Tan importante es?
MICAELA.- Eso ustedes juzgarán. Señoritos: estoy embarazada. (IGNACIO y JAVIER se examinan con el rabillo del ojo, sin palabras. MICAELA, con los brazos cruzados, espera alguna contestación. No atinan a dársela. Aquel silencio acabaría siendo intolerable si no lo cortase, por fortuna, el timbre de la puerta. MICAELA derrama una larga e indescifrable mirada sobre los dos hermanos y hace mutis para cumplir con sus deberes domésticos. Desde dentro.) Buenas tardes, señor cura.
AGUSTÍN.- Hola, Micaela.

(DON AGUSTÍN aparece por el foro.)

IGNACIO.- Buenas tardes, don Agustín. (Hace ademán de besarle la mano, secundado por JAVIER.)
JAVIER.- Buenas tardes, señor cura.

(MICAELA cruza desde el foro a la derecha, escoltada por las miradas de los tres.)

AGUSTÍN.- (Sombrío.) ¿Cómo andáis, hijos míos, cómo andáis?

JAVIER.- ¿En qué podemos servirle?

AGUSTÍN.- Pasaba por vuestra casa y me dije: ¡Vamos a ver qué es de tan excelentes amigos!... ¿No os molesto?

JAVIER.- No; no, de ninguna manera.

AGUSTÍN.- ¿Que en qué podéis servirme?... ¿No es eso lo que me has preguntado, Ignacio?

JAVIER.- (Con cierta animosidad mal contenida.) Soy Javier, don Agustín.

AGUSTÍN.- Perdóname, hombre. Nunca ha sido falta grave el confundiros.

JAVIER.- No, ya sé que no, pero...

AGUSTÍN.- Pues, mira, algo hay, en lo que podéis servirme.. Dejándome hablar un momento con Micaela.

JAVIER.- ¿Con Micaela?

AGUSTÍN.- Sí, sí, creo que está muy claro, ¿no?

IGNACIO.- Lo que es por mí... (Se asoma a la derecha.) ¡Micaela!

MICAELA.- (Desde dentro.) Señorito...

JAVIER.- (Haciendo ver que lleva el cincuenta por ciento en la llamada de IGNACIO.) Baje, haga el favor.

MICAELA.- Enseguida, señorito.

IGNACIO.- Hasta luego, don Agustín.

AGUSTÍN. Muchas gracias, Ignacio. (Mutis de IGNACIO por el foro.

JAVIER no parece muy decidido a seguirle. DON AGUSTÍN lo despide con evangélica suavidad.) Hasta luego, hijito. (JAVIER a regañadientes, pero sin atreverse a replicar, se marcha también por el foro. MICAELA entra por la derecha. Al ver que no están ni IGNACIO ni JAVIER, va a hacer mutis por el foro para buscarlos. DON AGUSTÍN la retiene.) ¿Dónde vas?

MICAELA.- Es que me llamaban.

AGUSTÍN.- No, no, soy yo quien te quiere hablar.

MICAELA.- Ah... pues usted dirá, señor cura.

AGUSTÍN.- Siéntate.

MICAELA.- ¿Yo? Quite, por Dios.

AGUSTÍN.- Te digo que te sientes. Vale la pena.

MICAELA.- (Desconfiada.) Bueno... (Se sienta con humildad al borde de la silla.)

AGUSTÍN.- No, así no. Siéntate bien, cómodamente.

MICAELA.- Usted manda.

AGUSTÍN.- Micaela, a mí me corresponde velar por todos los feligreses de mi parroquia en general, pero por algunos en particular. Tú y tus señoritos figuráis en este segundo grupo.

¿Adivinas por qué?

MICAELA.- Pues... no sé...

AGUSTÍN.- Primero, porque desde hace muchos años, soy amigo de esta

casa y conocí, a don Pablo Alcorta-Garí y a su viuda doña Irene, la madre de don Javier y don Ignacio, a la que ayudé a bien morir, y segundo, porque yo te recomendé y dije que eras una muchacha excelente y de toda confianza. Esas circunstancias justifican el que no pueda encogerme de hombros ni desentenderme de cómo se conduce una persona que yo he garantizado. ¿Lo entiendes?

MICAELA.- Sí, señor cura.

AGUSTÍN.- Pues siendo así, ya comprenderás del mismo modo mi vergüenza cuando las noticias que me llegan sobre el comportamiento de esa persona son del estilo de las que he recibido, por distintos lados, últimamente. ¿Qué? ¿Sabes a qué me refiero?

MICAELA.- Pues...

AGUSTÍN.- Micaela, ¿qué es lo que te pasa?

MICAELA.- Señor cura...

AGUSTÍN.- Estás en el deber de hablarme con lealtad. Yo no me asusto de nada, ya puedes suponértelo, y a los veintidós años de confesar marineros y beatas sé de cuántos pecados y de cuántas estupideces son capaces las almas de Dios. Ahora; el caso tuyo, hija mía, es de los que entran pocos en libra. No veas en mí al confesor; Micaela, que no vengo con ese carácter, sino al sacerdote nada más, que quiere llevar la paz a los espíritus y aconsejar el bien a sus hermanos. (Mirada de MICAELA.) Digo a sus hermanos en general, no sólo a Javier y a Ignacio; naturalmente.

MICAELA.- Ya, ya.

AGUSTÍN.- Ah, y una cosa antes de nada para que veas que no me ahogo en un vaso de agua. Al principio, cuando me informaron de... lo que me informaron, o sea de que... Ignacio y tú... os entendíais, me disgusté, claro, porque eso es malo de por sí y por lo que trae consigo, pero después y como yo tenía mis planes para remediarlo, me puse contento porque, al fin y al cabo; era dar un mentís a algunos murmuradores de la barriada que acusaban a tus señoritos de ser mariquitas.

MICAELA.- (Asombradísima.) No... no... Pero, ¿es posible? (Le entra un ataque de risa, irrespetuoso, pero irrefrenable)

AGUSTÍN.- ¡Micaela!

MICAELA.- (A carcajada limpia.) ¡Qué calumnia, señor cura, qué calumnia! ¡Pobres... pobres señoritos!

AGUSTÍN.- ¡Micaela!

MICAELA.- (Adueñándose poco a poco de su risa.) Usted dispense, señor cura, si me río... pero es que... (De improviso cambia su hilaridad en indignación. Con aire de solemne protesta.) ¡Es una injusticia tremenda!

AGUSTÍN.- En la vida de todo hombre que ni se casa ni viste hábitos, como yo; y al que no se le conocen líos; hay siempre un misterio, hija mía, o por lo menos una novela. Las mujeres que se quedan para vestir santos no tienen que explicar nunca por qué. A la mayoría basta con mirarlas para saber el motivo; pero con los hombres, que se casan cuando quieren y como quieren, es distinto. Y unas veces con verdad y otras sin ella, se cuentan historias de las que no siempre se sale bien parado. De tus señoritos, se habló

mucho.

MICAELA.- ¡Cómo es de mala la gente, señor cura!

AGUSTÍN.- Dejando este tema aparte, te diré que cuando supe que el que andaba en juego no era Ignacio; sino Javier, mi reacción fue la misma, como es lógico. «Yo arreglaré ese desaguisado», me dije. Pero cuando me informaron de que eran los dos, entonces me entró una indignación tal que si no hubiera sido por esta sotana que llevo, os hubiera corrido a los tres a cintarazos. Y a ti, especialmente.

MICAELA.- ¿A mí, señor cura?

AGUSTÍN.- A ti, sí, porque tú eres de Elanchove, como yo, y cada uno es libre de hacer de su capa un sayo dentro de la decencia, naturalmente, pero los de Elanchove estamos obligados a ser rectos para enseñar a estos corrompidos de Bilbao cuál es nuestro deber. Y tú, en buen lugar nos has dejado, Micaela.

MICAELA.- ¡Ay, señor cura, no me trate así!

AGUSTÍN.- ¿Y cómo he de tratarte?

MICAELA.- Yo no tengo la culpa... o por lo menos, no la tengo toda.

AGUSTÍN.- ¿Quién, entonces? ¿Cómo has podido convertirte en la querindonga de Ignacio y de Javier?

MICAELA.- Yo sé que no me creerá; pero le juro por lo más sagrado que cuando me di cuenta ya era tarde para evitarlo.

AGUSTÍN.- ¿Encima me tomas el pelo? Mira, Micaela, que antes que cura soy hombre y vivo de genio y a mí no me enreda nadie.

MICAELA.- Pues, aunque se enfade, don Agustín, eso es lo que me ha sucedido y el resto son cuentos.

AGUSTÍN.- ¡Sabrás, por lo menos, quién fue el primero!

MICAELA.- Bueno, eso quizás, pero no cuándo empezó el segundo.

AGUSTÍN.- (Rebelándose, como si le hiciese objeto de una broma de mal gusto.) Micaela...

MICAELA.- ¿Usted ha visto dos hermanos que se parezcan más? ¿Usted mismo no los confunde?

AGUSTÍN.- (De pie. Con sequedad.) Mis relaciones con ellos son muy diferentes de las tuyas.

MICAELA.- Se equivoca usted si supone que cuando se les trata a fondo se les distingue mejor. Al contrario... tienen la misma manera de hablar y de pensar, los mismos gustos, y dicen las mismas cosas.

¿Ve usted estos pendientes que llevo? Regalo de ellos.

AGUSTÍN.- ¿De los dos?

MICAELA.- Sí, de los dos.

AGUSTÍN.- Explícate; Micaela... ¿Su pusieron de acuerdo y te los regalaron a medias?

MICAELA.- No, qué disparate. Uno me los trajo un día y al otro apareció su hermano con los mismos pendientes. A los dos les habían gustado.

AGUSTÍN.- ¿Y de quién son los que llevas?

MICAELA.- ¿Y yo qué sé? ¿Y quién era el que entraba por las noches y me enamoraba? ¿Y quién era el que juraba que estaba loco por mí? ¿Y a quién le contestaba yo que estaba loca también? ¿Y yo qué sé, señor cura?

AGUSTÍN.- ¿Y por qué sospechaste que todo lo que te estaba pasando

era con los dos?

MICAELA.- Porque tanto fuego no podía ser sólo de uno. Y entonces para cerciorarme arañé (Finge arañarse ella misma.) a quien primero me vino a las manos. Y piense usted en mi susto, don Agustín, cuando a la noche siguiente vi que el que subía a mi cuarto no traía en el hombro ninguna señal.

AGUSTÍN.- ¿Y por qué no acabaste entonces con aquel turno indecente?

MICAELA.- Eso me obligaba a irme de la casa.

AGUSTÍN.- Que hubiera sido la mejor solución.

MICAELA.- Ya la intenté, no crea usted, padre. O a elegir...

AGUSTÍN.- Bueno; conforme... ¿Y por qué no elegiste?

MICAELA.- ¿Y cuál iba a elegir de los dos?

AGUSTÍN.- Pero, Micaela.

MICAELA.- (Se levanta. Cruza a la derecha.) Sí, sí. ¿A cuál?

¿Cuál era el que yo quería para mí? ¿Cuál era el que no me importaba perder? Uno de los dos parecía bastarme, pero separarme del otro era como si me desgarrasen algo por dentro.

AGUSTÍN.- Señor, señor...

MICAELA.- Fíjese que yo conocí a los dos a la vez. Aun si hubiese sido por separado.

AGUSTÍN.- ¿En qué habrían variado las cosas?

MICAELA.- Oh, sí, no diga. Yo me habría fundido ya con el primero tanto, que al segundo lo habría rechazado como a un extraño.

AGUSTÍN.- Nunca vi cosa igual... ¿Y ellos?

MICAELA.- ¿Ellos qué?

AGUSTÍN.- ¿Cuándo se enteraron de todo?

MICAELA.- Hace muy pocos días.

AGUSTÍN.- ¿Y cómo? (Penosamente, con rubor.) Coincidieron.

MICAELA.- Micaela.

AGUSTÍN.- ¿Y qué pasó?

MICAELA.- Al principio, pareció que les hacía gracia, aunque a mí ninguna... Y aun se rieron. Pero después se les puso la cara larga y levantaron la voz, hasta que yo tuve que llamarles la atención porque podían oírles los vecinos. Y entonces, se marcharon cada uno a su cuarto. Y casi de madrugada, aunque yo había dejado amarrada la puerta con una cuerda, uno subió y la quemó con una cerilla y quiso entrar y yo se lo impedí amenazándole con avisar a su hermano y él se fue.

AGUSTÍN.- ¿Y entre ellos, qué sucedió entre ellos? Empezaron unas broncas horribles, por cualquier insignificancia.

AGUSTÍN.- Unos hermanos ejemplares...

MICAELA.- Si ya lo sé, señor cura.

AGUSTÍN.- ...como no he conocido otros, cumplidores de su deber, honrados, a los que se les saltaban las lágrimas cuando se les hablaba de su madre.

MICAELA.- Sí, sí, así es, señor cura. Yo he venido a traer la guerra a esta casa. No comen a las mismas horas, sino por separado. No se hablan sino para reñir. Y tienen un suplente para las noches de guardia en la farmacia, porque ninguno quiere dejar libre al

otro. Un infierno...

AGUSTÍN.- (Con el aire de quien toma una decisión.) Bien. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

MICAELA.- No le entiendo, señor cura.

AGUSTÍN.- Esto no puede continuar así un día más.

MICAELA.- (Triste.) Ya sé que no.

AGUSTÍN.- Yo no consentiré que una casa de mi parroquia sea un campo de batalla fratricida y... es duro de decir, pero os lo habéis ganado a pulso, un lupanar. En consecuencia, es menester tomar una decisión.

MICAELA.- Hay algo, señor cura, que conviene que usted sepa. Voy a ser madre.

AGUSTÍN.- ¿Quéeee?

MICAELA.- Hablo en cristiano, creo yo.

AGUSTÍN.- ¿Y quién es el padre?

MICAELA.- (Abre los brazos con ademán impreciso.) Beeee...

AGUSTÍN.- ¡Ah, no! Esto pasa ya de castaño oscuro. Supongo que bromeas.

MICAELA.- Que caiga muerta aquí mismo si no es verdad...

AGUSTÍN.- Pero, ¿es posible que no sepas quién es el padre?

MICAELA.- No.

AGUSTÍN.- Algún indicio habrá por el que puedas orientarte.

MICAELA.- Ninguno.

AGUSTÍN.- ¿Y has pensado un minuto, sólo un minuto en lo que va a suceder cuándo des a luz?

MICAELA.- (Imprecisa.) Sí...

AGUSTÍN.- (Monta en cólera sordamente.) Tú, Micaela de los demonios, ¿qué hacías en Caracas? No me digas que eras fiel a tu marido, porque no me lo creeré aunque me lo jures.

MICAELA.- (Llorosa, rebelde.) Pues sí, lo era. Y todos me trataban como a una señora y cinco años viví mirándome en sus ojos y pendiente de él y adivinándole los gustos... ¿Sabe usted lo que les oí decir a unos compañeros de trabajo de mi marido? Ellos estaban bebiendo y hablando y no se habían dado cuenta de que yo tenía pegada la oreja: «A esa vascongada no la acuesta más que Prudencio». Prudencio se llamaba mi difunto, ya lo supondrá usted. Mire, era una barbaridad, una grosería, ¿no?; y, tentada estuve de soltarles cuatro frescas, pero de pronto me puse a pensar que era hasta bonito que dijesen eso de mí y casi reviento del orgullo que me subió por dentro.

AGUSTÍN.- Hija, en Caracas será tal y como me has contado, pero aquí, si oyes que hablan de ti, no te tomes el trabajo de oír lo que dicen, porque te vas a llevar un disgusto de órdago.

MICAELA.- ¿Es que soy mala?

AGUSTÍN.- ¿Y lo dudas?

MICAELA.- Pues mire, señor cura, a mí la conciencia no me remuerde ni un tanto así.

AGUSTÍN.- Calla... Estás embrujada. ¿Qué necesitas para que te quite el sueño la conciencia? ¿Matar a seis monjas? ¿Entrar a tiros en la Parroquia? ¿No es bastante que te hayas liado la manta a la

cabeza con dos hermanos, que vayas a tener un hijo y no sepas cuál es el apellido que has de darle?

MICAELA.- El apellido, sí que lo sé (Lo ha dicho de buena fe sin comprender que su respuesta podrá interpretarse como una broma descarada. Y de pronto se da cuenta y le acomete una risa, vergonzosa e histérica, que pretende acallar, pero que es más fuerte que ella misma, casi indomable.) El apellido... Ay, don Agustín... Yo le ruego que me dispense y que no se imagine que le faltó al respeto... Es que me ha salido, así, de pronto, como si fuese un chiste... Y no, yo no quiero hacer chistes... Verá, le decía que la conciencia no me remuerde nada. Y naturalmente, me remuerde muchísimo. Lo que pasaba es que, al principio, yo creía que era un solo pecado el que cometía, ¿me entiende, señor cura?, y no dos.

AGUSTÍN.- No son dos solamente, Micaela, son muchos. El de deshonestidad, el de concubinato, el de escándalo. Todo un saco lleno de pecados y cuando te decidas a descargarte de ellos, la penitencia será sonada.

MICAELA.- (Contrita y penitente.) ¿Qué he de hacer, señor cura?

AGUSTÍN.- (La mira de hito en hito.) ¿Quieres que te conteste la verdad? Pues no lo sé, hija. Antes de hablar contigo, más o menos, sí que lo sabía. Pero ahora, todo es diferente. Menudo conflicto que vayas a ser madre... ¿Cuántos años estuviste casada con Prudencio?

MICAELA.- Casi cinco.

AGUSTÍN.- ¿Y... nada de familia?

MICAELA.- Nada.

AGUSTÍN.- Y en esta casa, ¿cuándo entraste?

MICAELA.- Aún no se cumplieron los cuatro meses.

AGUSTÍN.- También tiene perendengues la cosa. ¿Tú has pensado diez minutos solamente lo que va a ser de vosotros cuando nazca la criatura? Si ahora, según tú, esto es un infierno, ¿qué será cuando haya un niño? Si ahora se disputan la mujer, ¿qué sucederá cuando además se disputen al hijo?

MICAELA.- Ay, padre... no me agobie, porque es que me vuelvo loca y me entran ganas de tirarme a la ría.

AGUSTÍN.- El suicidio: mira, ése era un pecado, y gordísimo, que faltaba en tus alforjas.

MICAELA.- Sólo habría una manera de que se arreglase todo.

AGUSTÍN.- A ver qué disparate se te ha ocurrido.

MICAELA.- Casi no me atrevo a contárselo. Yo, es que, además sé muy poco de la vida. Pero óigame, señor cura, ¿por qué razón nacen gemelos algunas veces?

AGUSTÍN.- No supondrás que las madres que los tienen es porque les ha pasado lo que a ti.

MICAELA.- (Decepcionadísima.) Ya me lo suponía yo que eso no ayudaba nada.

AGUSTÍN.- (Colérico.) Naturalmente que no. Eso son caprichos de la Naturaleza, designios de Dios. ¿Te das cuenta de las tonterías que dices? Si fuese como piensas, cuanto más golfas las madres, más hijos.

MICAELA.- (Se levanta y cruza a la izquierda. Amargada.) Golfa...
A veces me lo llaman por teléfono.

AGUSTÍN.- ¿Quién?

MICAELA.- No sé, gente que no dice el nombre y cuelga. Si lo supiese...

AGUSTÍN.- (Conmovido.) No, Micaela, no, eso tampoco. Yo estoy convencido de que en el fondo, tú no eres mala. Quizá el origen de esta historia haya que irlo a buscar en tu necesidad de compañía, en tu disposición de espíritu para consolar a los que también están solos como tú... (Transición.) Calla, en lo que no había caído es en que los padres son gemelos.

MICAELA.- Por eso era mi pregunta, don Agustín, no por otra cosa. Anda, si no... A una vecina nuestra, en Caracas, soltera para más detalles, le nació un niño poco antes de marcharme. Uno sólo, señor cura, y yo le aseguro que, en proporción, deberían haberle nacido seis por lo menos.

AGUSTÍN.- Bueno, Micaela, basta de disparates. Lo lógico es que tú tengas un hijo solamente, y si teniendo dos te parece que la cosa es menos grave, que sean dos. Pero conste que el problema es el mismo, ¿te enteras?

MICAELA.- Sí, señor cura.

AGUSTÍN.- Y de los que me obligan a tomar decisiones inmediatamente.

MICAELA.- ¿Y yo? ¿Es que yo no puedo tomar las mías?

AGUSTÍN.- ¿A qué decisiones te refieres?

MICAELA.- Lo estoy pensando, don Agustín. Por ejemplo, a rasparme.

AGUSTÍN.- (En voz baja. Con los ojos fuera de las órbitas.) (A dos pasos de la agresión física.) ¿Rasparte has dicho...?

MICAELA.- (Embravecida.) Pues, sí. En Caracas...

AGUSTÍN.- ¿...Rasparte has dicho...?

MICAELA.- Le he dicho que en Caracas...

AGUSTÍN.- En Caracas, harán los colombianos lo que les apetezca.

MICAELA.- Los venezolanos, don Agustín.

AGUSTÍN.- O los indios, lo que sean. Pero aquí...

MICAELA.- Tampoco se imaginará usted que iba a ser la primera. Ni la segunda, ni la tercera.

AGUSTÍN.- ¿De Elanchove?

MICAELA.- De Elanchove, no sé, pero de Bilbao, la número mil, que ya me he enterado yo que no hay que irse a Londres para nada y que te raspas si quieres a la vuelta de la esquina y pagas a plazos, si te apetece, y santas pascuas.

AGUSTÍN.- Santas Pascuas... sólo me quedaba eso por oír. En que momento se te ocurre hablar de las Santas Pascuas... Pues óyeme tú a mí. Estás mal informada porque, por capricho, tampoco se puede raspar como tú dices. No irás a contar a los médicos que vas a tener un mongólico.

MICAELA.- (Altanera.) Oiga... Un mongólico yo... Que no estoy tan mal hecha, Padre, aunque usted, con esas ropas que lleva no se entere... ni tampoco los señoritos son unos adefesios.

AGUSTÍN.- ¿Y qué tendrá que ver una cosa con otra? Ya oí que el

otro día te llamaban tía buena unos desvergonzados. Lo que te digo es que a ver de dónde ibas a sacar tú motivos para esa gracia del raspado. Porque no serás tan descarada como para decir que te violaron.

MICAELA.- No, claro que no. Me cayeron en gracia y punto.

AGUSTÍN.- (Serenándose.) Bueno, Micaela. Lo mejor será que te dejes de majaderías y te avengas a razones. Ya comprenderás que yo no quiero otra cosa que no sea tú bien. ¿De acuerdo...? (MICAELA asiente con un gesto.) Sobre esa base espero que estés dispuesta a obedecerme en lo que te mande.

MICAELA.- ¿Y qué es lo que me va a mandar? Porque comprometerme así, sin ninguna garantía...

AGUSTÍN.- Cuanto decida será en beneficio tuyo.

MICAELA.- Bueno, bueno... Claro que antes de hacer nada aunque sea en beneficio mío, me lo consultara, ¿no?

AGUSTÍN.- Te lo consultaré. Ahora voy a hablar con ellos. (Señala a la derecha.)

MICAELA.- ¿Qué les va a decir a mis señoritos?

AGUSTÍN.- Ya lo sabrás en su momento.

MICAELA.- Tengo niego.

AGUSTÍN.- ¿De qué? Lástima que no lo hubieses tenido hace unos meses. Anda, anda, retírate. (MICAELA rompe a llorar.) ¿Por qué lloras?

MICAELA.- Porque, aunque debiera callármelo he sido muy feliz... y me da el corazón que esto se acabó.

(Y hace mutis por la derecha.)

AGUSTÍN.- (La ve marchar con una expresión indefinible. Después, tras una breve pausa, se acerca al foro.) ¡Ignacio! ¡Javier!

(A los pocos segundos comparecen en escena los dos hermanos.)

JAVIER.- ¿Qué hay, padre?

AGUSTÍN.- Por Micaela acabo de enterarme de las novedades. (Silencio de los dos.) Son muy edificantes... mucho. Contribuirán a vuestro prestigio. (Atronadoramente.) ¿Estaréis contentos, no?

IGNACIO.- Padre...

AGUSTÍN.- Habéis hecho una auténtica hombrada. Podéis sentiros orgullosos. A una chica excelente, que nunca había dado motivos para un comentario desagradable, vais a convertirla en el escarnio de la barriada. Precioso, lo que se dice precioso... Y para mayor inri, resulta que esa chica no es de Logroño ni de Burgos ni de Valladolid, lo cual seguiría siendo censurable; pero en fin, tendría su disculpa, porque esas son ciudades donde el pecado anda suelto, sino de Elanchove. ¿No se os cae la cara de vergüenza? ¡Embarazar a una paisana, a una vasca como vosotros!

JAVIER.- Sí, claro.

AGUSTÍN.- ¿Habéis pensado en las consecuencias de todo esto? Por de pronto, me parece que ninguno de los dos conoce a Josechu Echevarría, el tío de Micaela. ¿Lo conocéis o no?

LOS DOS.- No, no.

AGUSTÍN.- Josechu fue campeón de remonte en el Urumea hace cinco años o seis, está fuerte como un roble y si os pega una bofetada a la media vuelta os viste de cura como soléis decir vosotros, por cierto, con muy poca gracia.

IGNACIO.- Ésa es una expresión que yo no...

AGUSTÍN.- Pero a mí, no es eso lo que me preocupa, sino el espectáculo de Micaela paseando su bombo por Bilbao arriba y abajo, a derecha e izquierda, mientras los vecinos se dan con el codo y se dicen unos a otros: «Mira, ahí va la ampliación de los

Alcorta-Garí».

JAVIER.- Señor cura: no me divierte nada su manera de hablar.

AGUSTÍN.- (Con violencia.) ¡A mí me divierte mucho menos vuestra conducta! Soy vuestro párroco y he decidido tomar las medidas para cortar de raíz el mal ejemplo.

IGNACIO.- ¿Qué va usted a hacer?

AGUSTÍN.- Por de pronto, Micaela ya no dormirá aquí esta noche.

LOS DOS.- ¿Cómo?

AGUSTÍN.- Y mañana por la mañana, saldrá para el caserío de Jacoba, la de Mundaca, donde pasará unos meses. ¿Os interesa saber cuántos? Nueve, pues.

JAVIER.- Mire, padre...

AGUSTÍN.- Allí estará bien cuidada, como lo necesita. Y cuando le llegue la hora, ya encontraremos una clínica en donde la atiendan. Para todo esto, naturalmente, necesitaré vuestro dinerito porque de bobilis bobilis no se consigue nada en este mundo y, por tanto, vais a darme tres mil pesetas al mes, a mil quinientas por barba, para que aprendáis que el que la hace, la paga.

JAVIER.- Ordeno y mando.

AGUSTÍN.- Pues claro que sí, deslenguado.

JAVIER.- Le prevengo a usted que la Micaela no es menor de edad y puede que le haga caso y puede que no.

AGUSTÍN.- Eso ya es cuenta mía.

IGNACIO.- Padre: no tiene usted derecho a llevársela.

AGUSTÍN.- ¿Y a lo que hicisteis, teníais derecho? Y aún hay algo peor y es que no os veo muy animados, me parece, a reparar el daño.

IGNACIO.- (Tímido.) ¿De qué modo?

AGUSTÍN.- (Pausa.) Ahí pisáis firme, porque yo mismo no sé cuál sea el mejor y si hay alguno. Uno de vosotros debería casarse con Micaela, el padre de la criatura, eso es indudable. Ahora bien: ¿quién es el padre?

LOS DOS.- Yo.

AGUSTÍN.- Supongo que sabréis que los hijos sólo son de un padre y no de dos. San Vicente me valga... Sería muy gracioso si no le diese a uno ganas de llorar. ¡Micaela!

IGNACIO.- ¿Nos va a dejar usted sin muchacha?

AGUSTÍN.- Sé de una buena señora que anda buscando dónde colocarse

y si os conviene, os la mando.

JAVIER.- En cuanto a eso, don Agustín, le suplico que no se moleste. La primera que nos llegó por su conducto, nos envenenó con unas setas y vivimos de milagro, la segunda estuvo a punto de dejarnos en la calle y la tercera, pues, ya ve usted. La cuarta es fácil que abriese el gas y nos asfixiase a todos.

AGUSTÍN.- Mala suerte. Mis intenciones, eran otras.

MIACELA.- (Entrando.) ¿Me llamaba, señor cura?

AGUSTÍN.- Sí. ¿Oíste?

MICAELA.- Sí.

AGUSTÍN.- Pues eso me ahorra repetírtelo. ¿Y qué contestas tú?

MICAELA.- Yo...

AGUSTÍN.- Que sí, supongo.

JAVIER.- No la coaccione, padre.

AGUSTÍN.- Micaela, di sí o no, como te pete.

MICAELA.- Sí, señor cura. (Se vuelve a los dos.) Es mucho mejor para todos, señoritos.

AGUSTÍN.- Entendido, pues. Dentro de veinte minutos vuelvo a buscarte. ¿Quién de vosotros me acompaña a hablar con la Jacoba antes de que se marche para su caserío?

JAVIER.- (Destemplado.) Que vaya Ignacio.

IGNACIO.- Sí, en eso estaba pensando.

AGUSTÍN.- (Irónico.) Me parece que tal vez os encontraríais más a gusto viniendo los dos. ¿Es así? (Así es en efecto a juzgar por la actitud de ambos.) Pues, hale, andando. Y no os olvidéis, cada uno mil quinientas.

(Salen los tres.)

(Oscuro.)

Cuadro segundo

Ha transcurrido un año.

(DON CELES está en primer término, alejado, por tanto, de su jurisdicción natural, mirando a la derecha y con el aire entre asombrado y divertido.)

CELES.- ¡Vivir para ver!.... ¡Qué disparate! ¡Cuánto descoco!

(Se vuelve camino de su tienda. En ese instante DOÑA CARMEN baja por el foro.)

CARMEN.- ¿Qué hace usted aquí, don Celes?

CELES.- ¡Si usted supiese qué cabalgata acaba de desfilar...!

CARMEN.- No sé a qué se refiere.

CELES.- Sus vecinos, señora.

CARMEN.- ¿Qué me va a contar a mí?

CELES.- Tan campantes, doña Carmen, como usted y como yo. Serios, eso sí, callados, pero los tres, mejor dicho, los cuatro formados, igual que en una procesión.

CARMEN.- El niño estaba pachucho y lo han llevado al médico.

¿Hablaron con usted?

CELES.- No... Sí yo estaba pesando medio kilo de lomo para doña Guadalupe, la del catorce, y los vi por la luna del escaparate y me quedé de muestra echando lonchas y lonchas, hasta que la propia doña Guadalupe me llamó la atención: «Pero oiga, don Celes, que yo voy servida...». Imagínese si andaría distraído. Y entonces, salí a la calle y... concho, qué risa.

CARMEN.- Ay, qué mal hablado es usted, amigo.

CELES.- En la Rioja, señora, y yo soy de allí, concho es una palabra que se puede decir hasta en visita. Por otra parte, un caso como este justifica palabras mucho peores. Qué tupé, doña Carmen...

CARMEN.- ¿Es que no los había visto hasta ahora?

CELES.- Así, en corporación, no.

CARMEN.- Ella vino hace dos semanas. Eso me consta, porque yo estaba asomada a la ventana cuando se paró un taxi y apareció con el niño en brazos. Y desde entonces, a escándalo diario.

CELES.- ¿Sí?

CARMEN.- ¡Y qué escándalos! De oírse en nuestro piso como le oigo a usted.

CELES.- ¿Y por qué motivos?

CARMEN.- Braulia, la chica que, esa sí, es decentísima...

CELES.- (Entre dientes.) ¿Qué remedio le queda a la pobre?

CARMEN.- Es usted terrible... O sea que para usted la decencia de las feas no tiene mérito.

CELES.- (Sin querer discutir ese extremo.) Siga, doña Carmen.

¿Qué le sucede a la Braulia?

CARMEN.- No, que es la que me ha contado lo de los escándalos. Y dice que se arma la de Dios es Cristo por cualquier bobada.

CELES.- Por cualquier niñería querrá usted decir. (Se ríe su propia gracia.)

CARMEN.- Cómo está usted hoy.... Le advierto, que, si pudiese, me mudaba mañana mismo. ¿Se acuerda de doña Irene? Se volvería a morir de vergüenza si resucitase. Sus dos hijos odiándose y liados con una golfa, que ganas se me pasan de llamárselo cuando la veo.

CELES.- ¿Tan mal juzga a la Micaela?

CARMEN.- Antes de volver a Bilbao, vivió en Caracas, donde creo que todos van medio desnudos por las calles. Así tenía que pasar lo que

pasó.

CELES.- Pues recomendada de don Agustín era. ¿Qué opina usted, doña Carmen? El afán de pisarme el terreno. Oiga, y ¿dónde nació esa criatura?

CARMEN.- En la clínica de las Adoratrices.

CELES.- Niño, ¿verdad?

CARMEN.- Sí, niño.

CELES.- ¿Y qué nombre le han puesto?

CARMEN.- Menudo conflicto. Cada uno de los dos quería que llevase el suyo y no hubo manera de que se entendieran. Han acabado llamándolo Pablo, el nombre del abuelo, que no tiene pierde. Y le han bautizado... pero no le han inscrito. Qué horror, ¿eh?

CELES.- Calle, calle..., ¿Usted lo vio?

CARMEN.- No, porque hasta hoy no lo exhibieron, pero Braulia dice que es el retrato del padre, bueno, de los padres. En fin...

(Iniciando la despedida camino de la lateral derecha.) Le dejo. Por cierto, ¿a cuánto me ha cobrado los guisantes? ¿Es que han subido?

CELES.- Sí, doña Carmen. Una cincuenta el medio.

CARMEN.- Cómo abusamos...

CELES.- Dos veinticinco en casa de Antón.

CARMEN.- Paciencia.

CELES.- Adiós, doña Carmen.

(Inicia el mutis por la tienda.)

CARMEN.- Adiós, don Celes. (DOÑA CARMEN da unos pasos hacia la derecha, pero ve algo que la incita a volver.) ¡Den Celes, don Celes!

CELES.- ¿Qué hay?

CARMEN.- La cabalgata, como usted diría. Ahí viene y pasará por aquí. Deme conversación, ande.

CELES.- ¿Pero de qué quiere que le hable?

CARMEN.- De lo que se le ocurra, hombre.

CELES.- Lo que está a punto de subir también es la harina.

CARMEN.- Sí, y el vino blanco y el tranvía y la luz eléctrica... No se aproveche, amigo.

(En este momento se ve un coche de niño con la capota levantada empujado por MICAELA, escoltado a ambos lados de IGNACIO y JAVIER muy serios.)

CELES.- Buenas.

JAVIER e

IGNACIO.- Buenas.

CARMEN.- Buenas.

JAVIER e

IGNACIO.- Buenas.

JAVIER.- ¿Tiene galletas Marías?

CELES.- Dentro de diez minutos se las mando.
JAVIER.- Cárguenoslas en la cuenta.
CELES.- Por Dios, obsequio de la casa. Qué gordito esta el niño.
MICAELA.- Sí, muy gordito.
CELES.- ¿Y el médico, qué les dijo?
JAVIER.- Paperas, parece que tiene paperas.
IGNACIO.- Eso es, paperas.
MICAELA.- Buenas.
CARMEN y
CELES.- Buenas.
JAVIER e
IGNACIO.- Buenas.

(Mutis los cuatro por el foro izquierdo.)

CELES.- Le juro por la gloria de mi madre, que hace años que no veo gratis nada tan gracioso.
CARMEN.- ¡Qué cuarteto! Esa gente ha perdido los estribos.
JAVIER.- (Desde dentro.) ¿Por qué tienes tú que coger al niño?

(Todo este diálogo cuya creciente violencia se deduce de su propio contexto, se mantendrá entre bastidores. CARMEN y CELES reflejarán expresivamente sus alternativas.)

IGNACIO.- Porque quiero.
JAVIER.- ¡Deja ese niño en el coche!
IGNACIO.- ¡No me da la gana!
JAVIER.- ¡Déjalo o te vas a acordar de mí!
IGNACIO.- ¿Me amenazas?
JAVIER.- Te amenazo.
IGNACIO.- ¡Javier!
JAVIER.- ¡Ignacio!
MICAELA.- ¡Señoritos!
CARMEN.- El fin del mundo, don Celes.
CELES.- Razón tiene, doña Carmen.
CARMEN.- Voy a telefonar a don Agustín. Sólo él puede meterlos en cintura.
CELES.- Hágalo, doña Carmen, la barriada se lo agradecerá.

(CARMEN y CELES se sumergen en la tienda. Ahora se ilumina la sala. Por ella entran JAVIER e IGNACIO, los dientes apretados, la actitud altiva. Detrás MICAELA que hace mutis con el niño por la derecha.)

JAVIER.- Hasta aquí hemos llegado.
IGNACIO.- Justamente, hasta aquí.
JAVIER.- Si te hubiera echado de la habitación de Micaela aquella noche, otro gallo me cantara.

IGNACIO.- Igual me he dicho yo a mí muchas veces.

JAVIER.- ¿Echarme a mí? ¡Qué gracioso! ¿Por qué no lo intentaste?
¡Hubiera sido un espectáculo!

IGNACIO.- Yo tenía más derecho que tú.

JAVIER.- ¿Por qué razón?

IGNACIO.- Porque había sido el primero.

JAVIER.- ¿El primero?

IGNACIO.- Seguramente lo recordarás; pasó delante de tus ojos. Fue una tarde en que estabas enfermo y yo me escapé a la farmacia para traerte los análisis y pedí a Micaela que me cosiese un botón de la americana y ella me ayudó a ponérmela después. Su pelo, sus manos, su cuerpo olían a no sé qué. No hay en el mundo un perfume que emborrache tanto como el que se respiraba acercándose a ella y yo me fui a la farmacia llevándomelo conmigo en las solapas y, lo que es peor, en el cerebro. Y aquel perfume no se desvaneció en toda la tarde, y cuando volví de noche y mientras dormías tú, subí a su cuarto y la besé para siempre, óyelo bien, para siempre.

JAVIER.- No has sido el primero, sino el segundo según tu costumbre, porque la misma tarde yo la había hecho mía. Y es indudable que a quien besó aquella noche no fue a ti, que estabas robándome lo mío, sino a mí, a quien había elegido.

IGNACIO.- ¿Y cómo te atreves a considerarte el elegido de quien no supo distinguir entre uno y otro?

JAVIER.- Porque entre los dos yo soy el original y tú eres la

copia.

IGNACIO.- ¡Qué fatuidad!

JAVIER.- Nací el último. Soy el mayor de los dos. ¿Lo olvidaste?

IGNACIO.- ¿A veinte minutos de diferencia le das tanto valor?

JAVIER.- Son suficientes para que sea el mayor. Y lo que es más importante el que marca la norma, aquél que no imita sino al que imitan. Y buena prueba de ello es que cuando hace unos meses te afeitaste la barba y el bigote y te cambiaste de peinado, te sentiste perdido, extraño, como si llevaras un antifaz que te desfiguraba ante los otros y ante ti mismo, y tuviste que volver a parecerme a mí, porque tu única personalidad es ésta, la de parecerme y no la de ser distinto de como soy yo.

IGNACIO.- ¡Qué absurdo! Volví a dejarme la barba y el bigote, ¿sabes por qué? Porque me entró rabia de ser yo el que claudicaba, de darte en cierto modo la razón a ti, como si tú fueras el modelo, el patrón y yo el papel secante.

JAVIER.- ¡Por fin! Justo, Ignacio. Eso es lo que eres, el papel secante, que reproduce el texto matriz, pero pálidamente y al revés y que nunca dice nada por sí mismo.

IGNACIO.- Ególatra, eres un ególatra. Óyeme bien, yo no te imito. Tú has tomado por subordinación, por hechizamiento lo que no es sino bondad de mi parte. ¿Cuándo empezó lo de la barba? Cuando tuviste un eccema el año cincuenta y cinco y te la dejaste para ocultarlo, y yo te secundé, como si también lo padeciese para que se te notase menos. No afeitarme fue la manera de cuidarte, de solidarizarme contigo, pero de imitarte no, que es distinto. Y lo mismo podría

decirte de las muchas cosas que hago, no porque las haga tú, ni siquiera porque me gusten, sino por no discrepar de ti, por seguirte la corriente. La sopa de pan todas las noches... ¿Pero es que aún no te diste cuenta de que me parece la sopa más aburrida del mundo? Aguantar Marina cuando la dan en el Arriaga... ¿Es que te supones que me gusta Marina, desgraciado? De pensar en el dúo de la flauta y tiple con que termina, me sube la fiebre. Y el Balneario de Cestona por el que tú suspiras cada lunes y cada martes, ¿crees que es para mí el paraíso? No, hombre no, me deprime; pero voy a Cestona para acompañarte. Sólo me quedaba que tú interpretases mi abnegación como servilismo y mi honradez aceptando tus gustos como falta de personalidad.

JAVIER.- Ahora, al menos, parece que coinciden con los míos. Pero es inútil, Micaela es mía.

IGNACIO.- Te equivocas, como máximo es de los dos.

JAVIER.- ¡Lo que dejas entrever, Ignacio! A ti no te hubiese importado compartirla, reconócelo, que nos la turnásemos; tú los días pares, o mejor, las noches y yo las impares. ¿Verdad? Como si ese puente colgante que vemos, todas las mañanas no estuviese sobre la ría de Bilbao, sino sobre el Sena. Confíésalo, si eres sincero.

IGNACIO.- Al principio, quizás. Pero enseguida comprendí que eso era imposible y que, sobre todo, si con Micaela había alguna fórmula; con mi hijo, no.

JAVIER.- ¡Te prohíbo que hables de tu hijo! ¡Es mío!

IGNACIO.- (Lo coge por las solapas.) Óyeme una cosa: si vuelvo a sorprenderte como ayer enseñándole a decir papá, te juro que te echo veneno en el café y me quedo tan ancho.

JAVIER.- (Le coge a su vez por las solapas.) Si intentas otra vez sacarlo del coche delante de los vecinos, como dando a entender que te pertenece, te juro que te pego un tiro.

IGNACIO.- Vamos, vamos. Se acabó tu colonialismo, amiguito, y mi admiración por el hombre blanco. Lo mío es mío y no lo cedo a nadie.

JAVIER.- Concretamente, ¿qué es lo tuyo?

IGNACIO.- Micaela y Pablo.

JAVIER.- ¿Te atreves a preguntarle a Micaela si es a ti a quien quiere?

IGNACIO.- Se lo he preguntado ya y me ha dicho que sí.

JAVIER.- ¡Farsante!

IGNACIO.- ¡No tolero que me insultes!

JAVIER.- ¡Me da la gana!

IGNACIO.- ¡Javier!

JAVIER.- ¡Ignacio!

(Llegarían a las manos si MICAELA no entrase por el foro.)

MICAELA.- Por Dios, ¿qué les pasa?

JAVIER.- No podemos continuar así un momento más. Es necesario que tú resuelvas esta situación. ¿A quién quieres? ¿A Ignacio o a mí?

(Larga pausa.) Has oído, ¿no?

MICAELA.- Sí, señorito.

JAVIER.- Pues bueno, contesta.

MICAELA.- A los dos.

JAVIER.- ¡Ah, no! Ésa es una respuesta que ha podido valer hasta hoy, pero que ya no sirve.

MICAELA.- ¿Y qué otra cosa quiere que le conteste si es la verdad? Mujeres hay que quieren a dos hombres a la vez, que no se parecen en nada. ¿Por qué ha de extrañarles que yo les quiera a los dos, si los dos son iguales?

JAVIER.- En todo caso, esas mujeres que quieren a dos hombres, como tú dices, los quieren de manera distinta. A uno como marido, al otro como amante, a uno con amistad, al otro, a veces, con un cariño maternal.

MICAELA.- Cuando ellos son diferentes, sí. Pero cuando se confunden, no.

JAVIER.- ¿Es que tú nos confundes todavía? ¿Es posible que no sepas bien quién es cada cual?

MICAELA.- No, me supondrá tan simple que, a estas alturas, no sepa quién es uno y quién es otro. Sé, claro, que usted es el señorito Javier y no el señorito Ignacio. Pero eso sólo me sirve para repartirles el correo sin equivocarme.

IGNACIO.- ¡No somos tan exactos!

MICAELA.- No, claro que no. Yo sé las diferencias que hay entre los dos. La voz, cuando una se fija... y otras, más divertidas que me avergüenza contarlas, pero, cuando las descubrí, ya había pasado bastante tiempo. Yo me enteré de que eran los dos los que me buscaban muy poco antes de que coincidieran aquella noche en mi cuarto. Y lo gracioso es que cuando me di cuenta pensé para mí... ¿y qué más da? El que uno tenga una muela de oro y el otro no y la vacuna así o asá, ¿es suficiente para que lo quiera o lo deje de querer? ¿No sería de mi parte un capricho o una injusticia? Porque el resto es igualito... ¡Si me lo hubiesen dicho y no lo hubiese creído!

LOS DOS.- (Con ternura.) Micaela...

MICAELA.- Y hay otra cosa que aún les iguala más: los dos me quieren y por eso los dos me hablan con las mismas palabras y me hacen los mismos reproches y las mismas promesas. Tal vez lo único extraño de lo sucedido es que los dos se hayan enamorado de mí, pero que yo, estando enamorada de uno me haya enamorado del otro, ¿a quién podrá sorprenderle? (Adopta un tono de mujer dolida.)

Déjenme... También tienen los mismos defectos. (Sin ánimo de injuriarles, casi con pena.) Los dos son cobardes.

LOS DOS.- ¿Por qué?

MICAELA.- Porque a los dos les gustaba besarme y estar a mi lado, pero a los dos les dio miedo el hijo, cuando supieron que lo esperaba. Los dos dejaron que el señor cura me llevase a Mundaca para que no me viese nadie y, cuando iban a buscarme, los dos se ocultaban como si se avergonzasen de que los vecinos pensarán «ese es el padre», mientras yo estallaba de alegría con la ilusión de ser la madre.

(Se echa a llorar y, curiosa reacción, ninguno se atreve a asumir la tarea de consolarla. Los dos se alejan dejándola a ella en el centro, un poco confundidos, un poco contritos.)

LOS DOS.- Mic...

(Tras una larga pausa.)

IGNACIO.- (Le cede la palabra a JAVIER.) No, no, habla tú.

JAVIER.- Cuando se ha cumplido ya cierta edad, Micaela, cuando se vive en un ambiente... así, un poco estrecho... hasta cuando se tiene un negocio acreditado... y una clientela distinguida y un apellido compuesto... hay pasos que cuestan muchísimo.

IGNACIO.- Así es.

MICAELA.- Yo esperaba que alguno de los dos se hubiese atrevido a darme a pesar de la edad y de Bilbao y de la farmacia y del sursum corda. A ese, al que me hubiese dicho: «Micaela, guárdame ese hijo para mí que me hace falta, que lo voy a adorar como si fuese Jesús del cielo», a ése, sí, le habría abrazado con tanta fuerza, que ya no hubiese podido confundirle nunca con nadie en el mundo.

JAVIER.- (Resuelto.) Bien. Ninguno lo hicimos. Ninguno se tomó sobre el otro la ventaja de ser más valiente. Hasta en eso estamos igualados. Pero ahora es preciso que nos desiguales tú.

MICAELA.- (Los mira a los dos como si los comparase, ya de un modo definitivo. Hay una larga pausa.) Yo no lo sé hacer. Háganlo ustedes mismos, señoritos.

(Y se vapor el foro izquierda.)

JAVIER.- (Conteniéndose a duras penas.) Ignacio: déjame a Micaela y a Pablo. Te ofrezco mi parte en la farmacia.

IGNACIO.- También te la ofrezco yo.

JAVIER.- La casa... ¡las vitolas!

IGNACIO.- ¿Qué me importan a mí?

JAVIER.- No te avienes a nada por las buenas, ¿verdad?

IGNACIO.- ¡Ni por las malas!

JAVIER.- Te anuncio que me voy a llevar al niño y tras él a la madre.

IGNACIO.- Si lo intentas te mato.

JAVIER.- Te mataré yo primero. ¡Como siempre!

(Y hace mutis por la derecha seguido de IGNACIO.)

IGNACIO.- (Desde dentro.) No cogerás al niño.

JAVIER.- ¡Suéltame!

IGNACIO.- No te suelto. Te ahogaré como a un bicho.

JAVIER.- ¡Ignacio!

(Se oye el ruido de una pelea, muebles que se caen, cristales que se rompen y la respiración jadeante de los dos hermanos.)

IGNACIO.- ¡Cobarde!

JAVIER.- ¡Tú eres el cobarde! ¡Te voy a matar, te he dicho que te voy a matar!

(MICAELA entró poco antes y, desde el centro de la escena sigue las vicisitudes de la lucha, llena de zozobra. A mitad de camino se detiene. Ha sonado un disparo. MICAELA, espantada, la mano en el pecho, no se atreve a seguir.)

MICAELA.- (Para sí.) ¡Dios mío...!

(JAVIER aparece en el lateral de su mutis. Su traje y su rostro acusan las huellas de la lucha.)

JAVIER.- Micaela...

MICAELA.- ¿Y el otro?

JAVIER.- Micaela...

(IGNACIO entra ahora. Su aspecto acusa como el de JAVIER, las señales de la reyerta.)

MICAELA.- ¿Quién ha disparado?

JAVIER.- ¿Qué disparo ni qué tontería?

(MICAELA hace mutis por la derecha.)

VOZ IRENE.- (Solloza.) Hijos... hijos...

(MICAELA sale por la derecha.)

MICAELA.- Han despertado al niño. (Y en efecto, se le oye llorar estrepitosamente. Alguien llama a la puerta, con el timbre y a golpes, alarmado.) Arréglense, señoritos.

(IGNACIO hace mutis por la derecha, JAVIER se recompone sumariamente el peinado, la corbata, el traje. MICAELA se va por el foro.)

AGUSTÍN.- (Desde dentro.) ¿Ha pasado algo?
MICAELA.- No... ¿por qué lo dice?
AGUSTÍN.- Creí que...
JAVIER.- Buenas tardes, don Agustín.
AGUSTÍN.- ¿Y tu hermano?
MICAELA.- (Con cierta precipitación y como para alejar cualquier inquietud.) Ahí está. ¿Quiere que le avise?
IGNACIO.- (Por la derecha.) Buenas tardes, señor cura.

(Larga pausa.)

AGUSTÍN.- Así, pues, no ha sucedido nada.
MICAELA.- Nada.
AGUSTÍN.- Me pareció oír como un disparo cuando subía.
JAVIER.- Vuelta con el disparo. Fue un sifón que estalló al caerse.
AGUSTÍN.- Me equivoqué, entonces.
MICAELA.- Claro que sí, señor cura.
AGUSTÍN.- En esta casa suceden cosas muy raras. ¿Me equivoco también?
IGNACIO.- No sé a qué se refiere.
AGUSTÍN.- Concretemos. O Micaela elige, o alguno de vosotros renuncia.
MICAELA.- Conmigo no cuente para eso, señor cura.
AGUSTÍN.- Tú continúas empujada en que quieres a los dos y en que no tienes motivos para preferir a ninguno.
MICAELA.- Sí.
AGUSTÍN.- Me imagino, sin embargo, que cuando estás con uno; sientes necesidad de estar con el otro.
MICAELA.- No.
AGUSTÍN.- De lo que se deduce que, uno, de hecho, debe bastarte, en lo cual no hay mérito, hija mía, ya que por Bilbao, eso es lo que se acostumbra.
MICAELA.- Sí, don Agustín.
AGUSTÍN.- Bien. Pasemos a la otra banda. ¿Qué me contáis? ¿Alguno de los dos es lo bastante generoso como para renunciar a Micaela y al niño...?
JAVIER.- No, don Agustín, salta a la vista.
IGNACIO.- (Con un movimiento de malhumor paralelo y semejante al de su hermano.) Ni sé por qué se molesta en preguntarlo.
AGUSTÍN.- Calma, calma... ¿Y qué es lo que cada uno de vosotros ofrece a Micaela? ¿Estáis dispuestos los dos a casaros con ella?
LOS DOS.- Sí.
AGUSTÍN.- ¿Y a reconocer al niño, naturalmente?
LOS DOS.- Sí.
AGUSTÍN.- ¿Y a marcharse, el que se lleve al niño y a Micaela, a cien mil kilómetros de Bilbao?
LOS DOS.- Sí.
AGUSTÍN.- Bueno, pues allá va mi última pregunta y está dirigida a los tres. Puesto que no existe otro procedimiento más razonable para

salir de este laberinto, ¿os conformáis con que sea la suerte la que decida?

MICAELA.- ¿La suerte?

AGUSTÍN.- Sí, ¿estáis decididos a jugaroslo todo a cara o cruz? (Una evidente perplejidad les acomete. Con la mirada se consultan entre sí.) Yo sé que confiar a la suerte algo tan serio como el amor y la paternidad es un puro disparate, y que me expongo a un rapapolvo del señor obispo; pero, por más que pienso, cualquier otra forma me parece peor.

MICAELA.- Quizás, sí.

AGUSTÍN.- (Con vehemencia.) Sin quizás, Micaela. Tú de querindonga al alimón con éstos, eres una vergüenza pública. Un niño sin un sólo padre, cuando se le ofrecen dos, sería monstruoso. Al que pierda, le quedará la mitad de la farmacia y esta casa, lo cual no es despreciable. ¿De acuerdo?

LOS DOS.- De acuerdo.

AGUSTÍN.- (A MICAELA.) ¿De, acuerdo, Micaela?

MICAELA.- Sí.

AGUSTÍN.- Bien. Aquí tengo una moneda de diez duros. Muchachos: ¿quién es cara?

JAVIER.- Me da igual.

AGUSTÍN.- (A IGNACIO.) ¿Qué prefieres?

IGNACIO.- Me es lo mismo.

AGUSTÍN.- Yo elegiré entonces por vosotros. (A JAVIER) Tú eres cara y (A IGNACIO.) tú eres cruz. Quiere decir, Javier, que si sale cara te llevas a Micaela y al peque, y si sale cruz te los llevas tú. ¿Conformes?

LOS DOS.- Conforme.

AGUSTÍN.- (DON AGUSTÍN se dispone a lanzar la moneda, pero se arrepiente.) Micaela: echa la moneda al aire.

MICAELA.- ¿Yo? Ah, eso sí que no: échela usted mismo.

AGUSTÍN.- ¿Os parece bien?

LOS DOS.- Sí.

AGUSTÍN.- (Se recoge en su última plegaria.) San Vicente: yo no sé si esto desentona de mi condición sacerdotal; pero Tú sabes que lo hago por llevar la paz a mis feligreses. Dígnate favorecer, Santo mío, a quien más lo merezca de estas dos atormentadas. Laus tibi Domine. Amén. (Se persigna devoto. Después se remanga la sotana.) Allá va, muchachos. (Tira la moneda al aire, pero al intentar recogerla en la palma de la mano, se le cae al suelo. Con grandes voces, autoritariamente.) ¡No vale, no vale! ¡Se ha caído al suelo! (La oculta con el pie.)

MICAELA.- (Transida.) Déjeme verla, padre.

AGUSTÍN.- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ni yo mismo la miro! (Se inclina, en efecto, sin verla, y tomando las máximas precauciones, la lanza de nuevo al aire, ahora con éxito. La moneda la recoge en la palma de la mano izquierda, la cubre con la derecha y poco a poco va descorriéndola.)

JAVIER.- (Nervioso, como un energúmeno.) ¡No vale ligar, padre!

IGNACIO.- (Abruptamente.) ¡Venga! (Mira la moneda que le muestra

AGUSTÍN.) Cara.

AGUSTÍN.- (Parsimonioso.) En consecuencia, Javier Alcorta-Garí, contraerás matrimonio con Micaela Echevarría y reconocerás como hijo al niño Pablito. ¿Lo juras?

JAVIER.- ¡Lo juro!

(BRAULIA apareció poco antes por el foro a tiempo de contemplar la escena que, decididamente, no entiende.)

AGUSTÍN.- Id a verme mañana temprano a la parroquia. Y que Dios os bendiga.

(Él lo hace en Su Nombre. Mutis por el foro. Larga pausa.)

MICAELA.- Vámonos ahora mismo, Javier.

JAVIER.- Sí, Micaela. Trae al niño. (Por el foro.) ¡Braulia!

(Mutis de MICAELA por la derecha. A BRAULIA.) Mire, usted misma puede hacernos las maletas. Yo mandaré después a recogerlas.

BRAULIA.- ¿Y qué le pongo?

JAVIER.- Todo, Braulia, todo.

(Transición, quedan los dos hermanos frente a frente, en silencio.)

VOZ DE IRENE.- Abrazaos... (Pausa.) Abrazaos... (Nueva pausa.) Abrazaos...

(Pero no se abrazan. Se miran serenamente sin encono. Sin efusión, también. IRENE solloza. MICAELA entra con el niño en brazos.)

JAVIER.- Adiós, Ignacio.

IGNACIO.- Adiós, Javier.

MICAELA.- (A IGNACIO.) Dele un beso a... (Larguísima pausa.) su sobrino.

IGNACIO.- (IGNACIO le besa.) Adiós, Pablito. Adiós, Micaela. (Pausa.)

MICAELA.- Adiós, Ignacio.

(Se va por el foro, seguida de JAVIER. Queda en escena IGNACIO, anda unos pasos titubeante, desorientado y va a sentarse en una de las sillas. Ve entonces la colección de vitolas sobre el bufetillo. Hoja a hoja va rompiéndolas y echándolas al cesto de los papeles.)

BRAULIA.- (Por la izquierda.) ¿Le preparo sopa de pan?

IGNACIO.- (Coléricamente.) ¡No! ¡Nunca más volverá a hacerme sopa de pan! (BRAULIA lo mira atónita.) Me entiende usted, ¿no,

Braulia?

BRAULIA.- (Acobardada.) Sí, sí, señorito.

(Y hace mutis por la izquierda. En este momento, MICAELA y JAVIER aparecen por el fondo de la calle.)

MICAELA.- (Lleva al niño en brazos. Se detiene.) ¿Estás triste?

JAVIER.- Deber mi victoria sólo a la suerte, me quita alegría.

MICAELA.- Eres vanidoso, Javier; pero voy a decirte algo que, a lo mejor, te halaga.

JAVIER.- ¿Qué, Micaela?

MICAELA.- Yo sé que tú fuiste quien me habló en vascuence.

JAVIER.- (Lentamente.) Ah... Egialde guztietan toki onak...

MICAELA.- (Echa a andar hacia la lateral derecha.) Badira bañan niyotzak diyo...

LOS DOS.- Zoaz Escalerrirá...

JAVIER.- El corazón me pide: llévame al País Vasco.

MICAELA.- Se me ocurre a mí que, tal vez, sin que yo misma me diese cuenta, que me hubieses hablado en vascuence fue, quizás, tu pequeña ventaja.

(JAVIER se prende de su brazo tiernamente mientras cae el...)

TELÓN

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

